

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 19 de Mayo

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## SUMARIO

La pobre ceiba.....	Gabriela Mistral	Lenguas de fuego.....	Arturo Torres Ríoseco
El casamiento de Laucha (y 2).....	Roberto J. Payró	La higiene de la boca.....	A. Vázquez Rodríguez
He ahí el problema.....	Luis de Zulueta	Noticia de libros.....	Santiago Argüello
Rectificando.....	José Santos Chocano	Efectos diferentes producidos por suero de joven y suero de viejo.....	C. Picado T.
La cucaracha.....	Miguel Angel Asturias	Tableto (1928).....	Guillermo Valencia
Ensayos.....	Arturo Mejía Nieto	Poemas orientales.....	
Ibsen y el muñequismo.....	Francisco Ichaso		
Nervo, orientador espiritual.....	Ernesto Martín		

SANDINO con sus leales está cercado, cercado como una bestia fabulosa, como el onagro, como la hidra de Lerna, como el dragón que comía poblaciones, en una quebrada pequeña de la mínima Nicaragua. Le mandan 2.000 tiradores (él tiene 600 pobres hombres a media hambre); le mandan varios aeroplanos, que no son el de Lindbergh, y no van tampoco a gozar el paisaje de Rubén Darío.

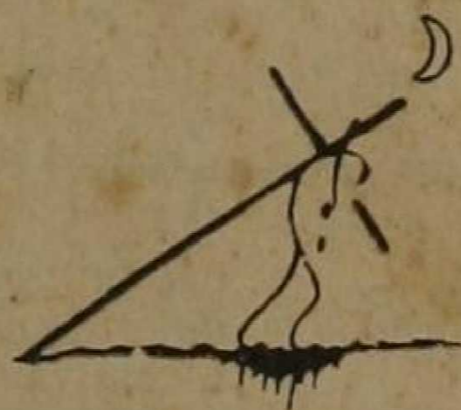
Pero... en La Habana los delegados de la Conferencia plantan, mientras tanto, una ceiba como símbolo de la fraternidad del Nuevo Mundo.

No dice el artículo lacrimoso que me informa, derretido de pasión botánica, quiénes han sido los de la idea. Suelen los yanquis tener unas ternezas que desorientan en sus caras rapadas, su traje kaki y sus polainas de cuero. Yo he oído a uno de éstos, especie de Mr. Pershing con duras arrugas de pescador, hacerme, con las lágrimas a medio caer, un recitado de cuaquerismo que me sorprendía como si Kipling me dijera una jaculatoria. A raíz de esta conversación quemada de brasa mística que casi le creo y casi le lloro también, hablamos de eso de Santo Domingo. Y este hombre caliente de Biblia todavía, me dijo las cosas más desnudamente cínicas sobre las gestiones de los «independientes» dominicanos entregándome su credo de norteamericano respecto de los pueblos «débiles, pobres y desordenados».

—«Un pueblo fuerte y magníficamente organizado tiene

## La pobre ceiba

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile=



derecho natural, que no necesita consultarle a nadie, de vigilar un poco sobre sus vecinos, cuyo desorden impenitente puede dañarle».

«Nosotros necesitamos para nuestra industria, que va camino de hacerse la mayoritaria en el mundo, el petróleo de México, la caña de Cuba y el café de Centro América. Si dejamos que en esos países cunda la riña, no explotarán lo suyo o nos estorbarán las explotaciones a nosotros. Es prudencia, que redundará en bien de ellos, el que intervengamos».

«Por otra parte, el cristiano debe interesarse en parar la matanza cotidiana de esos países. Ayudamos casi siempre a los mejores».

—Ayudan Uds. casi siempre a los peores—le dije—porque tienen que ser los peores quienes pidan que la policía extranjera les arregle la reyerta».

Puede ser, volviendo a la ceiba, que la idea haya salido de un delegado del Sur. ¡Tenemos una mezcolanza tan curiosa de lagrimeo y matonismo! Varios caudillitos nuestros tienen don de «fondeamiento» y don de lágrimas, todo junto.

¿Por qué una ceiba? El artículo que me informa dice que por ser ella el árbol «más umbroso de la América».

Y yo entiendo, un poco perversamente, el más espeso, para que cubra feas cosas; el que echa más diámetro de sombra, refrescadora, no ya de pastores y ganados completos, como el árbol del poema, sino de caucheros y mineros acalorados de logro y violencia sobre los indios... La palma nó, porque no esconde cosa alguna con su voluntad de desnudez, que es una como franqueza vegetal...

Pudieron, en vez de ceiba, plantar un caña—en tierra de caña—símbolo más ceñido de la realidad. Así, los delegados mayores, los de Mississippi, se acordarían de que «casi es aire» de puro fina, esa armonía de las tres Américas desiguales, la América patrona, la América casi doméstica, que es la Central, y la América en tratamiento de domesticidad que es la que sigue.

Yo tengo muchos deseos de que la ceiba se les seque. ¿Por qué no ha de tener imperativo categórico también el pobre árbol bueno un poco madre de

Maceo, el negro? Podría resultar ella con mas vergüenza que un político, y secarse voluntariamente, parándose como el fakir la respiración y el suave pulso de la savia. Entonces podría llamarse con nombre largo como en las fábulas: *La Ceiba decorosa como un hombre*, *La Ceiba Martí* o *La Ceiba Maceo*.

No va a pasar eso. Ya es criatura fiscal, lo que vale decir bien nutrida, casi diplomática, y en las tempestades eléctricas de Cuba, cuando la isla se ve asaeteada desde el cielo como un San Sebastián maravilloso, para que no le vaya a caer un rayo, le pondrán encima un buen tallo de hierro preservador. El agua cae en abundancia y la helada no se conoce.

Tampoco se puede aconsejar a los scouts, ni siquiera a Roig o a Massaguer, que la asierren a la mala una noche, porque la pobre no tiene la culpa de ser el testimonio próspero de una mentira. Ella es sólo «la pobre Ceiba de la amistad panamericana». Entra, pero por la puerta mala, en la jerarquía de los árboles ilustres, del Arbol de la Noche-Triste y del árbol del tule de Oaxaca, que la mirarán con desconfianza de gente de pura raza para la de sangre sospechosa.

Yo no sé quiénes hicieron los discursos de la pobre ceiba. Seguramente no ha sido Mr. Coolidge, que apenas alcanzó a mirar la cara de los delegados y a decir sus afirmaciones rotundas de derecho de gentes contra el cielo clarísimo de La Habana, donde las verdades y

los embustes se ven tan netos como la derecha de la palmera...

¿Qué hará a esta hora la ceiba con sus tres discursos sobre la espalda ligera, entreverados seguramente con estrofas, a lo mejor hasta con un período tremolante de nuestro Martí? Sobrelleva su mala suerte de criatura del 1900, en que la malicia—en el sentido teológico de engaño—reúne a una ceiba de Cuba con el señor Machado en la misma compli-

Al terminar, yo vengo a preguntarme por qué escribo este articulejo casi político... yo, que no tengo manía política?...

Y me contesto rápidamente: —Porque el artículo de marras sobre la ceiba de La Habana, me ha irritado una de mis bravas pasiones: la pasión forestal,

*Gabriela Mistral*

Bastia, febrero de 1928.

## En el centenario de Ibsen

### He ahí el problema

—De *El Sol*. Madrid—

ESA costumbre de conmemorar el centenario del nacimiento de los grandes hombres invita a cada generación, cuando llega a la madurez, a volver de nuevo la vista hacia los genios tutelares que la inspiraron e iluminaron en la mocedad. Es una serena revisión del valor positivo de los maestros que en nuestra adolescencia venerábamos. Releemos de nuevo—¿con entusiasmo? ¿con desencanto?—aquellos mismos libros que entonces nos enseñaron a pensar y a vivir.

Celébrase hoy, (1) día 20, el centenario de Ibsen. También este mismo año 1928 se celebra el centenario de Tolstoi. Cuando los hombres de la generación que hoy culmina; cuando los hombres que ya se acercan a sus cincuenta años tenían apenas veinte, dos robustos ancianos, discutidos todavía—combatidos y adorados—, se alzaban como dos luminas, fascinando

a las juventudes, sobre todo el continente europeo. Sus blancas testas descollaban como las dos niveas cumbres más altas en la orografía del espíritu. Ambas cimas aparecían, cual envueltas entre nubes, con una cierta reducción de misterio, allá lejos, en los remotos confines de nuestra Europa; la una, hacia el Oriente: Tolstoi; la otra, en las regiones hiperbóreas: Ibsen.

Tolstoi e Ibsen fueron los dos viejos profetas que presidieron el nacimiento del siglo xx. Por entonces, en las primeras auroras de nuestra centuria, los jóvenes leían la obra recién publicada de Ibsen, *Cuando nos despertemos de entre los muertos*, y se indignaban ante la excomunión que contra Tolstoi acababa de fulminar el Santo Sínodo de Rusia.

Todavía esos dos septuagenarios venerables, condenados por heréticos, por anárquicos, tenían para la rebelde muchachez la seducción de los frutos prohibidos. ¡Quién les iba a de-

(1) 20 de marzo de 1928.

## El casamiento de Laucha

Novela picaresca

Por

Roberto J. Payró

—Según la tercera edición. Serie A. Vol. XLIV de *Babel* (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias). Director: Samuel Glusberg. Buenos Aires. 1927.—

y 2.—Véase la entrega anterior.

### VII

ESA noche quedó arreglado y convenido todo lo de la fabricación, y en buen camino las otras cosas, que por lo visto no le habían disgustado mucho a la gringa. ¡Ah! ¡me olvidaba! también me dijo:

—Usted no tiene capital, y aquí en el boliche hay un capitalito de unos pocos miles de pesos. Pero haremos cuenta que la mitad es de usted, para no andar con embrollos.

Yo me largué contentísimo al galpón, donde tenía mi cama, pero aunque era blandita, casi me pasé toda la noche revolviéndome, sin poder pegar los ojos.

Pues en cuanto principió a clarear, ya estaba con los huesos de punta y con todo apretado para el viaje...

Tomé unos cimarrones con ño Cipriano, que dormía en la otra punta del galpón sobre unas pilchas viejas, y con quien nos habíamos hecho amigazos. Cuando le conté lo de la sociedad y el viaje, bailando de gusto, me dijo muy serio:

—Tenga mucho cuidau, paisano, con lo qui hac'en la ciudad;

tan fuerte en mí como la de las bestezuelas. Me dejó sin cuidado que la gente de Brooklyn o de la Nicaragua oficial, digan sobre la visita de visitas de Mr. Coolidge, cosas embusteras. Al cabo. «La santidad de la palabra» nadie la defiende después que se nos murió Maragall. Pero las ceibas estaban todavía inéditas para «los hombres de engaño», que dice el Evangelio. ¿Por qué manosearlas y rebajarles el prestigio vegetal?

Me consuelo pensando en que no se les ocurrió elegir y plantar árbol de alianza en Chile durante la Conferencia pasada. Habrían caído sobre la araucaria, bastante limpia todavía de contaminación. Y me habría dado más pena. Al cabo, conozco menos a la ceiba que, sin embargo, me ha apesadumbrado tanto...

no vay'a dejar qu'el asau si arda antes de que esté en su punto. Usted va lejos, pero más lejos van las mujeres... De puro desconfiadas y ladinas, cuando una va, ya están de güelta. No se me descuide, y se me quede di a pie cuando ya está estribando!

Me hice el desentendido y me reí, brindándole el mate que cebábamos una vez cada uno, a lo resero. Después me levanté para irme.

—Bueno, hasta la vuelta, amigo don Cipriano.

—Que le vaya bien y hasta la güelta, mozo: no se tarde, que el guay lerdo... ya sabe...

Me fui a despedir de la gringa que me dió tres o cuatro sacudones de manos, con los ojos aguachentos, monté el so-treta overo que ya había ensillao, y con su galope de ratón seguí hasta un almacén de al lado de la estación de Pago Chico. Ahí dejé el mancarrón, muy recomendado, y me entretuve tomando unas cañitas, porque todavía faltaba rato para el tren...

En Buenos Aires compré etiquetas con todos los nombres y todas las marcas de las bebidas, corchos, lacre, cápsu-

las de lata, esencias de todo, y unas damajuanas de aguardiente muy fuerte, que es lo principal para los licores. No me olvidé tampoco de los polvitos de anilina para dar color, ni de una punta de yerba y palos de droguería que necesitaba. Compré también por si acaso un *Manual del Licorista* y sin perder tiempo, acordándome del buen consejo de ño Cipriano, me volví a Pago Chico, y enderecé en seguida para la esquina *La Polvareda*, como le sabían decir a la casa de negocio.

No se me da la gana de decirles cómo me recibió doña Carolina, pero les aseguro que no fué mal... ¡No! ¡lo que es eso no! hasta ahí no llegaba la broma todavía...

Bueno, pues, al otro día mismo, ya me puse a hacer mis menjunjes, y de ahí salió anís, coñá, ginebra, guindado, hasta vermú; rebajé todo el vino que había (dejando unas damajuanas aparte para nuestro uso) le eché mucho aguardiente, un poco de anilina, y de cada cuarterola alcancé a hacer más de dos, como se lo había prometido a mi gringa. Y todavía me acuerdo que, entusiasmado con el trabajo, hasta inventé licores, o más bien dicho, el color, y así hice caña de duraznos azul, ginebra amarilla como de oro, bitter de naranja, verde y colorado, y un licorcito muy dulce de vainilla, color violeta claro, que los reseros sabían llevarle a la novia de regalo, por lo rico, y sobre todo por lo lindo que era.

La cosa resultó magnífica, y a los marchantes les gustaban más algunas bebidas hechas por

mí, que las legítimas—puede ser que porque eran más fuertes. Y decían al pedir las:

—¡Eh, mozo! una caña... de la que toma el patrón, eh!

Carolina estaba muerta de contento y un día me dijo:

—Usted tiene unas manos de ángel (decía *anquel*) y estamos ganando mucha plata. Y... ¿quiere que le diga? Lo que yo necesitaba era un joven (*coven*) como usted... Y... ahora que lo conozco bien... ya le puedo prometer que... que vamos a ser felices en todo sentido...

Yo no había vuelto a hablarle del asunto serio, pero en todo aquel tiempo, la miraba con ojos de carnero degollado, roncándola y pensando: «¡Ya has de caer! ¡ya has de caer, mi vida!» seguro de que no se me iba a escapar. Y todavía haciéndome el sonso, le salí con esta agachada:

—¿Qué quiere decirme, señora, con *felices en todo sentido*?

La gringa se desentendió, contestándome colorada:

—Conversaremos esta noche, después de cerrar el negocio... Entonces le diré la contestación...

Yo hubiera bailado en una pata, de puro contento.

Y efectivamente... Cuando acabamos de comer, cerré la puerta de la ramada—que se cerraba por afuera,—entré al negocio por la del patio, y me encontré a Carolina que me estaba esperando.

—Ahora puede decirme—principié despacito, para quitarle los últimos recelos.

Pero ya no había necesidad de tantas historias.

—Bueno, conversemos,—dijo muy seria.—Pero antes digamé

cir a aquellos mozos que sus hijos y sus hijas, en plan divertido, llenarían las butucas de cualquier *cine* burgués para ver, indiferentes, las escenas de *Resurrección* convertidas en película! Para la generación de los padres, que aún recuerda las luchas que en su adolescencia provocaban los estrenos de Ibsen, cada página de León Tolstoi era la revolución en la conciencia, la crisis religiosa y moral, la transformación del hombre interior y el advenimiento de una sociedad nueva.

Ahora, quizás, mientras el hijo se entretiene con la proyección de la cinta cinematográfica—¡el místico anhelo del apóstol eslavo convertido en *film*, cambiado en técnica y en mecanismo!—, el padre vuelve a abrir los libros olvidados de su juventud. ¿Qué impresión le harán ahora? Hoy, por ejemplo, con motivo del centenario de Ibsen, ¿qué efecto nos producen las hondas y fuertes y duras palabras del *Brand*?

Una observación viene en seguida al pensamiento. El siglo XIX murió, como había vivido, con la obsesión del problema. «Problema» es, seguramente, la voz que más veces se repite en los escritos de la pasada centuria. Tuvo ésta el gusto por los problemas, el amor a los problemas. Problemas religiosos, problemas políticos, pro-

blemas estéticos, problemas económicos, problemas sociales. Cuando el siglo XIX, en una serie de volúmenes o de conferencias, quería atraer a su público, lo anunciaba de seguro bajo el usual epígrafe: *Los grandes problemas actuales*. Porque todo lo que se presentaba bajo el aspecto de «gran problema» era para aquellos hijos de Adán tan tentador como el fruto del árbol del Bien y del Mal.

El rasgo esencial de la época, su característica, consistía en ver todas las cosas en forma de problema. (Ciertamente que todas ellas tendrán perpetuamente este aspecto; pero tienen, a la vez, otros muchos). La vida no estaba ahí para ser vivida, sino para ser discutida. No era un goce, ni un deber, ni un camino, ni una jornada de trabajo, ni un día de fiesta: era un problema. Y la literatura se convertía, a su vez, en una titánica remoción de problemas. «La muchedumbre danza al borde del abismo», dice Brand. «Todas las almas deberían temblar y gemir, y no hay, sin embargo, una entre mil que se dé cuenta de la deuda acumulada, del compromiso terrible nacido de esta simple palabra: la vida».

Gustaban más los problemas que las soluciones. El mundo no era un lugar de contemplación estética, ni un campo de acción vigorosa, sino un labo-

ratorio de inacabable investigación; no era el jardín helénico, ni el valle de lágrimas, sino el laberinto de las rebuscas. El hogar, un problema; la producción, un problema; el arte, un problema; el amor, un problema. «Dios no ha creado más que enigmas», decía Dostoyevsky, cuyo centenario hemos conmemorado también hace unos años. Toda solución parecía inferior, insuficiente, casi indigna. El verdadero sentido de la vida consistía en un incesante batallar desesperado con sombras sin cuerpo, preguntas sin respuesta y problemas sin solución.

*Brand* es el símbolo del problema insoluble. *Brand* es el ejemplo magnífico del drama de ideas. *Brand* es la llama que se consume a sí misma, y al destruirse, ilumina. Escrita la obra hace más de medio siglo, suena ahora como algo insólito en medio de una nueva generación que va perdiendo el interés por los problemas, que va embotándose para aquella angustiosa voluptuosidad con que el hombre del siglo XIX respiraba el problema por todos los poros de su alma.

Esta nueva generación pide soluciones, aunque sean mediocres, y no problemas, aunque fueren magnos. Más que en Europa se ve eso en América, sin duda porque América es más

moderna que Europa. En América, sobre todo en los Estados Unidos, la vida es más fácil, más suelta, más cómoda, porque allí han aumentado las soluciones y han disminuído los problemas. El norteamericano es el hombre que realiza mucho y cavila poco. Los «grandes problemas», el religioso, el político, el social, apenas existen para él. No tiene más que problemas pequeños, a los que da soluciones gigantescas. Pero para eso, al desembarcar en los Estados Unidos, donde Brand sería un caso de locura, el europeo que entró en la vida intelectual bajo los influjos de Ibsen y Tolstoi siente todo el vacío de una civilización indiferente a los inagotables y supremos problemas del hombre y del universo...

Cerremos ya el volumen. Ese ardiente sacerdocio de Brand—«¡o todo o nada!»—resulta anacrónico en un tiempo en que cada ciudadano pretende poseer prácticamente algo, y se jacta de haber renunciado al ansia infinita del Todo. ¡Soluciones! ¡Soluciones, y no problemas!, es el imperativo del momento. Sin embargo... Sin embargo, cabría preguntarse qué valor humano podrían tener las soluciones sin problema en almas que no hayan vivido antes la fecunda inquietud de los problemas sin solución.

Luis de Zulueta

la verdad... ¿Usted se casaría conmigo?...

Le iba a contestar, pero no me dejó.

—Soy un poco vieja y fea—siguió con una especie de coqueteo que hoy me da risa—pero lo quiero mucho, y como le dije hoy, podemos ser felices en todo sentido... La cosa es, que hay que casarse, si no, *ninte!*

Yo nunca había pensado en semejante cosa, pero comprendí que la gringa no iba a aflojar ni por un queso, y conseguí ponerle buena cara.

—¡Oh! misia Carolina! Nunca creí otra cosa, y casarme con usted será mi felicidad—le dije.

Se rió muy contenta, y me dió la mano que me apretó mucho, con los ojos medios llorosos.

—¡Bueno, bueno!—siguió—Entonces yo le daré lo que quiera, y si no tiene inconveniente, mañana mismo se va a Pago Chico, a comprar todo lo que haga falta para casarnos en cuanto pasen las amonestaciones...

Y como para ensartarme más de lo que estaba, dijo que el negocio no era más que una parte de su fortuna, porque tenía un campito ahí cerca, arrendado a unos vascos, unos pesitos puestos en Buenos Aires, en el Banco de Italia, y algunas cositas más que yo vería después.

—¡Aunque no tuviera en que caerse muerta, misia Carolina!—le dije contentísimo.—¡Sería lo mismo para mí, y me casaría

con usted inmediatamente...! ¡Sí! Mañana mismo me voy al Pago, a hacer las compras, a ver al cura, a buscar los padrinos, y mandarme hacer una ropita decente, porque no me he de casar como un zaparrastoso.

Y agarrándola por la cintura, como para bailar, le grité:

—¡Ya verás, m'hijita, qué felices vamos a ser!...

Pero aunque el negocio me conviniera mucho, yo no dejaba de tener un poco de vergüenza, por las relaciones y la familia, que no iban a dejar de saber mi casamiento, porque al fin y al cabo yo no soy un cualquiera, aunque anduviese más pobre que las ratas... ¡Y se me ocurrió una idea macanuda!

—Mirá, hijita—le dije sobre el pucho:—como vos sos viuda y yo soy un poquito más joven, como no tengo un real ni para remedio, fuera de los que vos me das,—será mejor que tratemos de no dar que hablar a las lenguas largas: ya sabés lo mala y enredadora que es la gente, sobre todo en Pago Chico. Casémonos, pero sin fiesta, que para fiesta bastantes somos los dos...

—¿Y de ahí?—me preguntó medio alarmada.

—¡Mirá! Arreglamos con el cura Papagna la dispensa de las amonestaciones; viene aquí mismo, nos casa, con algún vecino, o el mismo ño Cipriano, y un amigo de confianza, de padrinos, y después, cuando todo el mundo sepa y se haya acos-

tumbrado, si se nos antoja podemos dar cuanto farrá se nos dé la gana, sin que nadie se ría de nosotros, ni ande con habladerías, ni levantadas...

—¡Hacé lo que querás! me dijo por fin la gringa, que estaba más contenta que cuzco recién desatado.—Con tal de que nos case el cura, y nos eche la bendición adelante de los padrinos, a mí no me importa nada. ¡Hacé lo que querás!...

## VIII

PUES, señor! Echo en saco roto una punta de menudencias para contarles lo del cura, que es realmente divertido, como que a mí mismo me dejó pasmado, y medio sonso, aunque haya visto tantas cosas raras en la vida.

Este cura, que era un napolitano cerrado de lo que no hay, hacía poco que estaba en el Pago, pero por las mentas ya se había puesto riquísimo y pensaba irse pronto a su tierra. ¡Rico! Díganme, háganme el favor, cómo puede ponerse rico un cura, en un pueblo de campo, aunque le lluevan las limosnas y le goteen las velas para los santos, y haga como el sacristán de Nuestra Señora de la Estrella: «¿la mitá p'a mí, la mitá p'a ella?» Yo no creía, ni muchos creían tampoco, que el cura Papagna estuviese regularón siquiera; pero es que era un verdadero pillo, un gran canalla, un fraile como no he visto

otro en todas mis recorridas por esta tierra, en que he hallado unos muy buenos, otros regular no más, y otros muy malos... ¡No, lo que es como aquél!...

El cura Papagna era bajito, gordinflón, muy narigueta, bastante canoso, con unas manos peludas y como patas de carancho, pero más gruesas, natural! Andaba siempre con la sotana perdida de lamparones, y la barba sin afeitar de muchos días, así es que parecía—y era—un sucio! Yo no sé si han notado que hay gente que se diría que no se afeita nunca; pero entonces ¿cómo es que siempre tienen cortos los pelitos de la barba?...

Bueno, pues, cuando salía al campo, a casar y bautizar, iba en un bayo tan peludo y tan sucio como él. Por el pueblo, poco se le veía, sino en la misma iglesia y a la hora de la misa, o cuando había rosario, novenas, o qué sé yo. Según decían los comerciantes del Pago, nunca gastaba un cobre, y hasta vendía las gallinitas y pollitos que le llevaban de regalo las beatas. Siempre andaba llorando miseria aunque el cuerpo le destilara grasa por todos lados. ¡Corrían unos cuentos de él!... Muchos vecinos se habían quejado varias veces al arzobispo, no me acuerdo bien por qué, pero el arzobispo se hizo la chancha renga, y el cura Papagna siguió tan suelto de cuerpo en la parroquia, casando, bautizando, diciendo misa y

## Rectificando

Lima 16 de abril de 1928.

Amigo García Monge:

Acabo de leer en *El Espectador de Bogotá* absurdos comentarios a declaraciones hechas por mí a la *United Press*; y como ello ha de servir para que se tergiversen las cosas, yo le agradecería publicar en el *Repertorio Americano* la respuesta que he dado y que en copia le acompaño.

Ya Ud. sabe que soy suyo afmo.

J. SANTOS CHOCANO

Lima 10 de abril de 1928

Señor Director de

*El Espectador*

Bogotá

Señor Director:

Por tratarse de prensa colombiana, me apresuro a manifestarle que acabo de leer con desagradable sorpresa los violentos comentarios que, con fecha 13 de febrero último, dedica el diario a su muy digno cargo a las declaraciones que me solicitó en su oportunidad la *United Press* y que he visto incompletas y cambiadas en su transmisión o publicación, pues yo no he dicho una sola pala-

bra sobre «El caso de Nicaragua.»

Sólo he expresado mi natural extrañeza por la actitud de los que recomendaron o autorizaron lo mismo que hoy censuran. No podía yo sospechar que lo que, en todo caso, constituye un cargo a quienes hicieron tales recomendaciones o concedieron tales autorizaciones, sirviese para atacarme como si fuera responsable de la actitud histórica que señalo.

¿Cómo no ha de ser de alta conveniencia, para los comunes intereses de la raza, el recordar palabras y hechos de verdadera importancia que, respecto al imperialismo o intervencionismo, exhiben la inconsecuencia de los prohombres y de los gobiernos de nuestras más connotadas repúblicas, haciéndolos responsables moralmente de las mismas situaciones que hoy lamentan?

El más ilustre internacionista de la Argentina, el ex-canciller y gran escritor, Dr. don Estanislao S. Zeballos—a

quien había yo dedicado mi poema *La Epopeya del Pacífico*—en su salutación a Roosevelt en Buenos Aires y en cien oportunidades, hubo de recomendar siempre el control que los Estados Unidos debían tener sobre todas las repúblicas del Mar Caribe. El Gobierno de Carranza, de que era Ministro el General Obregón y funcionario el General Calles, autorizó mediante un pacto, la «expedición punitiva» con que el General Pershing persiguió y atacó al General Villa, durante varios meses dentro del territorio mexicano.

No se trata de disquisiciones ni de apóstrofes: se trata de simple narración de hechos, que nadie puede negar y a que yo no agregó ni el más insignificante comentario. Lo que corresponde, pues, es desmentirme; que si se quiere estallar en imprecaciones, no me parece justo dirigir las contra mí, que ni soy el pro-hombre argentino, ni formé parte del gobierno mexicano cuando la «expedición punitiva»...

Si rememoro con tristeza las

recomendaciones del eminente Estanislao Zeballos y la autorización prestada a las fuerzas estadounidenses por el gobierno de México, sólo a quien tenga trabucado el juicio o quiera maliciosamente trabucar lo que yo digo, se le puede ocurrir hacerme aparecer en acuerdo con Esteban Huertas y con Adolfo Díaz, con quienes sí lo están, así, el ex-canciller argentino y el ex-presidente mexicano...

Estas son—narración desnuda de hechos innegables—las que yo llamo verdades tremendas, pero necesarias para la enmienda de nuestra América desorganizada y de que hace muy mal en sonreír el fácil comentarista de *El Espectador*; porque otra de tales verdades es la de que los más de cuantos hablan y escriben hoy contra el imperialismo o intervencionismo, nada dijeron cuando era tiempo todavía de hacerlo con alguna eficacia. Cuando Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, Santiago Argüello, Froylán Turcios y pocos más clamaban en desierto, quietas se mantu-

predicando... ¡Vieran los sermones!... Era cosa de perecer de risa. No se oían más que las mentas de las barbaridades y bolazos que largaba medio en napolitano, porque ni el italiano sabía bien. Cuando fui a hablar con él, estaba en la sacristía, sentado cerca de una mesa mugrienta, con las manos cruzadas sobre la barriga, redonda como un tremendo queso de bola.

—¿Qué vulite?—me preguntó.

—Yo, señor cura... venía... venía porque me voy a casar...

—Va bene! va bene! Songo diechi nachonale... E un qui se ne casa?... Bisoña pagá andichipate pei publicazione... amonestazione... A mushash é de cá?... ¡Eh!... vedite... diechi nachonale é poca roba!

—Espere un poco, señor cura... Es que yo quisiera la ¿cómo se dice? ¡ah! ¡sí! la despensa de las amonestaciones...

—Allora so tranta!

—Y que nos casara en casa de la novia...

—Allora so sesanta... Un pozo fá de meno.

—¡Oh! por eso no importa, señor cura: se le pagarán los sesenta pesos... Pero, ¿cuándo nos podrá casar?

—Cuanne vulite... ¿E qui é á compromesa?

—La qué, dice?

—La mushás...

—¡Ah! ¡Sí! Doña Carolina, la viuda, ¿sabe? la de la pulpería de la Polvadera...

—Va bene, va bene.

Y el cura se quedó un rato

callado, como pensando. Después, medio riéndose, se levantó de la silla, se me acercó, y agarrándome la solapa de la chapona, me dijo despacito, como para que nadie lo pudiese oír, aunque no hubiese nadie en la sacristía...

¡Ah! Como me parece que alguno de ustedes no entiende el nápoli, lo voy a hacer hablar en Castilla.

—¿Pero usted quiere casarse de verás?... ¿en el libro de la parroquia?—me dijo.

Al principio no le entendí lo que quería decirme y lo miré azorado.

—¿Por qué me dice eso?—le pregunté por fin.

—¿Eh?—me contestó el muy sinvergüenza.—Porque hay algunos que quieren casarse, sí, pero que no les pongan el casamiento en el libro... Entonces, yo les hago un certificado en un papel suelto, y se lo doy para que lo guarden. Entonces...

¿pero no va a decir nada, ¿eh?

—¡Qué esperanzas, padre!

—¿De veras?

—¡Mire: por éstas!

—Entonces, si la mujer es buena, ellos lo guardan; pero si no es buena, lo rompen y se mandan mudar si quieren, y la mujer no puede hacer nada, eh!... Yo tengo permiso para casar así, pero nadie tiene que saberlo, porque es un secreto de la iglesia... y también es mucho más caro que el otro casamiento...

¡Qué iba a tener permiso el

cura picarón! Era una historia que había inventado para *far l'América*, y llenar pronto el bolsillo aunque se fuera al infierno derecho,—tantas ganas tenía de volverse a su tierra a comer pulenta y macarrones.

Pero, después de un rato... la verdad... pensé que no sería malo casarse así, como él decía, aunque nunca, ni menos entonces, se me había pasado por la cabeza engañar a la gringa, tan buena y cariñosa... El diablo del cura me tentó, yo no tenía la culpa, al fin y al cabo, y como lo que era por plata no había que echarse atrás, porque Carolina tenía bastante, pisé el palito, me pareció que eso era una gran seguridad para mí, y le dije al cura:

—¿Y cuánto sería el gasto de ese modo, padre Papagna?

—Trehento pesi.

—¿No puede ser algo menos?

—le pregunté, porque para rebajar siempre hay tiempo.

—Ni un chentavo!... Y además, usted me va a jurar, por el santo Dios y la santísima Virgen, que no le va a decir nada a nadie, de mientras yo esté en *cuest' América!*...

—¡Qué quiere, padre! No puedo darle tanto! Y ni le pago ni juro,—añadí, para obligarlo a rebajar.

Él medio se me asustó, y palmoreándome el hombro, comenzó a ver si me amansaba. Pero no aflojé, ni él tampoco, y así estuvimos un rato largo regateando. ¡Miren qué negocio

para regatear! ¡Hoy mismo me estoy haciendo cruces!... En fin, cuando me dejó la cosa en ciento cincuenta pesos, le dije:

—Bueno, le pagaré y juraré,—pegándole una palmadita en la panza, porque ya le había perdido el respeto. ¡Y de no!

Saqué el rollo que me había dado Carolina y me puse a contar. ¡Le vieran los ojos al fraile! ¡Parecía que se quería tragar la plata!

Cuando le dí los ciento cincuenta, los agarró con sus uñas de carancho, de medio luto por la mugre, los contó él también, y los volvió a contar. Se alzó la sotana y se los metió bien al fondo del bolsillo del pantalón que tenía abajo, como para que no se le escapasen.

¡Y qué agarrado! Mientras estaba guardándolos, temblaba todo, como si fuera perlático. ¡Nunca he visto cosa igual!... Después se sosegó un poco y me dijo:

—Bueno, ahora vamos a jurar.

Me llevó a la iglesia por la puerta de la sacristía, me hizo hincar enfrente del altar mayor, y con mucha seriedad, principió:

—¿Jura por Dios y por el Santísimo Sacramento y por la Santa Virgen, no decir nunca a nadie cómo lo he casado, mientras yo esté en Pago Chico y en América?

—¡Sí, juro!—contesté fuerte.

—¡Ponga la mano sobre este libro, que es el Evangelio y de esta cruz, y jure otra vez!... Y si falta al juramento, los dia-

vieron las lenguas y las plumas que hoy llegan tarde a ocuparse en asuntos en que, por la complicidad de su silencio, tienen también su responsabilidad. Manuel Ugarte puede decir si en México no le impidieron hablar sobre el imperialismo yanqui, los mismos que hoy asumen actitudes apostólicas contra éste; puede decir, en cambio, mi actitud en Guatemala, sin miramientos para con la discreción oficial.

¿En dónde están las protestas — y ahora sí voy a referirme al «caso de Nicaragua» — que formularon los más destacados anti-imperialistas o anti-intervencionistas de estas últimas horas, durante las postrimerías de la patriótica Dictadura de Zelaya, durante el luminoso y efímero gobierno de Madriz, durante las batallas campales entre yanquis y nicaragüenses que culminaron en el heroico sacrificio de Zeledón, durante el bombardeo de Managua efectuado por tropas estadounidenses, durante los doce años consecutivos que ha durado la

ocupación de dicha capital por la marinería intervencionista? Los que callaron siempre por egoísmo o por ignorancia, deben callar ahora por vergüenza.

*La Epopeya del Pacífico, Self-Help*, muchos poemas míos revelan, en cambio, que mi criterio de ahora está formado desde hace más de veinticinco años.

La intervención y el imperialismo me llenan de santa ira; pero no contra los yanquis que ni son arcángeles, ni siquiera espíritus puros, como me parece que tampoco lo somos nosotros — sino contra la casi totalidad de nuestros políticos profesionales, ya que los calificados como *tiranos* — Porfirio Díaz, José Santos Zelaya, Manuel Estrada Cabrera — son los únicos que no quisieron firmar nunca empréstitos peligrosos con los banqueros judíos de Nueva York.

Así es como me enorgullece el recuerdo que usted hace de mi amistad con Manuel Estrada Cabrera, a quien supe acompañar en los momentos de peligro, con riesgo de mi vida, cuando le depusieron, con el

apoyo de los Estados Unidos, los que en un año se repararon los veinte millones de pesos oro con que aquél había salvado a Guatemala de la Diplomacia del Dólar.

Nada debo decir respecto al General Gómez que usted cita, puesto que se me ha solicitado y tengo yo ofrecido el no inmiscuirme en la política interna de Venezuela, sino en un sentido de cordialidad para con todos.

Respecto, finalmente, al caso de la muerte del ingeniero Elmore — a que usted alude y que yo no tuve interés ni intención de causar — puede estar seguro de que, mientras lleve un revólver, yo no me dejaré impunemente — que es de lo que se me acusa — abofetear, golpear y arrastrar por quien quiera hacer de mí abuso tal de fuerza bruta. Si usted sí se dejaría, cuestión es que corresponde decidir a su conciencia y a su dignidad.

Sentiré mucho molestarlo en lo menor; pero tenga la amabilidad de creer que soy tan intervencionista o imperialista como cuanto, con igual fundamento, propaga contra mi una constante y, por lo mismo no del todo bien intencionada difamación...

Permítame el que le exprese, finalmente, la extrañeza con que veo que en Colombia se supongan interesadas actitudes mías y se preste acogida a cuanto de innoble me atribuye la vulgaridad, cuando a Colombia le consta, justamente, el desinterés y la nobleza con que en todo momento puse mi pluma a su servicio tanto dentro como fuera de mi país. Téngase en Colombia, pues, la seguridad de que mi proceder respecto a ella, le abona mi proceder respecto a todos.

Agradeciendo anticipadamente la publicación de estas líneas, me suscribo de Ud. atto. compañero y muy S. S.,

*José Santos Chocano*

blos lo perseguirán en esta vida, y lo harán arder en la otra!...

Puse la mano como él decía, y volví a jurar.

—¡Bueno! ahora levántese, y dígame cuando quiere casarse, y se puede ir no más.

—Hoy es jueves. El lunes a la noche, ¿no le parece?

—Benissimo! a la nove, no?

—Muy bien;... y ¿no tendremos que confesarnos?

—Eh! qué confesarnos, ni confesarnos!... ¡para esta clase de casamiento no se prechisa!...

## IX

**F**IGURENSE lo contento que me iría a comprar los muebles, aunque hubiesen mermado tanto los pesitos que me dió la gringa Carolina. Los gasté todos y todavía quedé debiendo a nombre de la gringa, para pagar a los dos o tres meses; el mueblero no tuvo inconveniente en fiarme, porque ya se sabía en el Pago que yo era socio de la pulperia y algunos me la achacaban de querida a la gringa. ¡La gente es tan mala!...

¡Bueno, pues! nos casamos el lunes que habíamos dicho con el cura, y salieron de padrinos el viejo ño Cipriano, y una parda medio adivina que vivía en un ranchito cerca del negocio y siempre andaba descalza y de pañuelo colorado en la cabeza.

Carolina se había encajado un gran traje de seda negra, con pollera de volados y bata de ca-

dera, y se había puesto una manteleta en la cabeza, que le pasaba por detrás de las orejas y se ataba debajo de la barba, unas caravanas larguísimas de oro que le zangoloteaban a los lados de la cara redonda y colorada, y un tremendo medallón con el retrato del finadito, de medio cuerpo. Después se puso el mio...

El cura, que fué en su bayo peludo, sin sacristán ni nada, nos echó sus jerigonzas, en dos minutos, hizo firmar la partida de casamiento, la firmó él también, salió al patio conmigo, me dió el papel sin que nadie lo viera, montó el sotreta, y se largó al trotecito para el pueblo, gritando:

—¡Eh! ¡que siano felice!...

No se quedó a comer como lo había invitado Carolina — y eso que era un gran tragaldabas, — seguramente porque en el Pago no se fuera a maliciar la cosa del casorio falluto.

Pero se llevó un pollo asado, una botella de Chianti y otras cositas más...

Carolina, que se pintaba sola para esas cosas, había hecho una cenita de regular arriba, — y los cuatro, — yo, ella, ño Cipriano y la parda, — nos sentamos a comer y a chupar en grande. ¡No, si era chacota!... El viejo se le prendió al vino como guacho hambriento a leche recién ordeñada. La parda, de consiguiente. Carolina se puso medio alegrona, y yo... ¡no les digo nada!... A los postres, ño

Cipriano, para rematar la fiesta se le prendió a la caña de durazno y soltando refranes y dando consejos, se mamó tan fiero, que tuvimos que llevarlo al galpón entre los tres!...

—¡Cosas de la vida! ¡Cosas de la vida! — decía la parda, trastabillando, lagrimeando y babosa con la tranca.

Al rato se enloqueció del todo, y como ni podía estarse parada, se tuvo que quedar aquella noche. Al otro día le dijo a Carolina que había soñado que un ángel bajaba del cielo para venir a bendecirla a ella y a mí, y que esa era seña segura de que íbamos a ser lo más felices. Que también soñó que le regalaban unas gallinitas, y un corte de vestido... ¡Miren la parda ladina!...

La gringa, de puro contenta, porque yo no le había mezquinado aquella noche, — y si no ¡juéguele risa no más! ¡después de andar galgueando tanto tiempo! — le regaló efectivamente las gallinas y el generito y hasta me parece que un par de pesos de yapa, con lo que la parda se fué contentísima, blanqueándole los dientes y relampagueándole los ojos.

Yo la atajé cerca del palenque, para pedirle que no fuera a decir nada del casamiento, que tenía que ser cosa muy secreta.

—¿Y a quién l'he d'ecir? — me contestó, — si pronto voy a dirmelo del Pago...

Y era verdad, porque a los dos meses se fué.

Pero ¡miren lo que son las cosas! Habíamos empezado tan bien cuando ¡zástrás! no faltó quien viniera a descomponer el baile. En esta vida no hay fiesta completa.

Ño Cipriano, que dejamos tumbado en el galpón, no aparecía aunque el sol ya estuviese alto. Al principio no nos fijamos, pero Carolina me preguntó de repente:

—¿Ché, lo has visto al viejo?

—No, ¿y vos? — le contesté.

—Yo tampoco.

—Se habrá ido p'al arroyo con los chanchos.

—¿Que no ves los chanchos encerrados en el chiquero? ¡quién sabe si no le ha pasado algo!...

—Estará durmiendo la mona; pero, no le hace, vamos a ver.

Fuimos al galpón ¡y qué les cuento! nos encontramos al viejo ño Cipriano tendido panza arriba, todo como acalambado, con la cara color violeta, y frío, helao. Carolina, asustada, comenzó a darle *fletaciones*, pero ¡qué caray! al divino botón: el pobre viejo con la mamá, había cantado para el carnero. La gringa se me puso a llorar como una Magdalena.

—Pero ¿qué te da, hijita, para llorar de ese modo? — le pregunté.

—Es que... es que ño Cipriano era tan bueno! Y además...

—¿Además, qué?

—¡Que me parece que tenemos que ser muy desgraciados!

## La cucaracha

=De *El Imparcial*. Guatemala=

A media noche llaman a un cura para ir a confesar un indio. Esto pasa, reza el cuento, en un pueblecito de la montaña. Va el cura, confiesa al enfermo y ya confesado se encuentra con que no tiene cómo darle la comunión. Los parientes se impacientan y el indio no quiere pasar a mejor vida sin estar confesado y comulgado, como lo manda la santa iglesia. En éstas y las otras, el cura ve bajo unas tablas una cucaracha. El Espíritu Santo le alumbró para salir adelante de aquel atolladero, y antes de extinguirse la sagrada luz de oro, el cura disimuladamente le da caza a la cucaracha, le arranca una ala y del ala toma un pedacito, que en los dedos, ofrece al moribundo:

—¿Crees, hijito, que éste es el cuerpo de Cristo?

—Sí cree, padre

—¿Crees que en esta partícula de la santa forma está el cuerpo de Cristo?

—Sí, padre, sí cree...

—¿Crees que ésta es tu salvación?

—Sí lo cree...

—Pues si así fuere...

A darle de comulgar iba cuando el indio se incorporó y dijo:

—Sí, padre, sí cree, pero no me la trago!

Algo por el estilo pasa con la constitución que hecha y contrahecha, tratan de hacernos pasar. Ala de cucaracha en mano, se acercan su progenitores al pueblo de Guatemala:

—Pueblo, ¿crees que esta constitución guarda tus derechos y te pone al abrigo de las arbitrariedades de tus verdugos?

—Sí, responde, el pueblo, sí, mi querido liberal, sí cree...

—¿Crees que ella es tu salvación?

—Sí, mi suave conservador, sí cree...

—¿Crees que con las adiciones y reformas que imaginara nuestro partido, la constitución

es lo mejor de lo mejor, el no más allá de lo mejor?

—Sí, mi viejo cabrerista, sí cree...

Dicho esto, cuando se trate

de dársela, como el indio, el pueblo de Guatemala, aunque moribundo, dirá:

—Sí cree, pero no me la trago...

Miguel Angel Asturias

París, 1927.

## Ensayos

### I.—El mundo es del color del espíritu

ESTA frase es de mi invención y me alegro de poder decir lo que quiero en ella: El mundo es del color de nuestro espíritu. En plena juventud, hace apenas unos años, mi espíritu estaba enfermo de pesimismo: el mundo tenía un color gris, y llegó a tener un color negro. Cuando el mundo llegó a tener un color negro, yo me sentía mal: física, moralmente, mentalmente... Y un día aprendí la cosa más grande que yo he aprendido en mi vida, la cosa que yo enseñaría a un hijo para salvarlo de la ignorancia común que destruye y corrompe tantas vidas humanas. Le enseñaría que el mundo es incoloro

como el aire o la luz, y que por eso se vé según el color de nuestro espíritu, como sucede con los cristales... Que uno debe limpiar su espíritu de muchas convencionalidades, prejuicios y convenciones, como quien limpia el polvo de la ventana para ver hacia la calle... Y le diría: «Hijo, el mundo es incoloro, pero a medida que crezcas, tu espíritu se va a volver de color, quizá del color gris con el polvo de la sociedad en que vives. Ten cuidado en limpiarlo.»

### II.—Los sentimientos

ESTAMOS en la orilla del Lago de Michigan. Antes, muchas veces hemos estado en la orilla del mar. ¿Con qué podemos medir, medir los sentimientos

¡Miren qué casamiento, con un difunto en la casa, desde el primer día!...

—¡Bah! ¡no seas pava!—le dije, enojado.—No Cipriano estaba muy viejo, y cualquier día tenía que estirar la pata!... ¡Eso no quiere decir nada; ya sabés... muertos no hablan!... ¡Y, fuera de eso, acordate de lo del ángel y no llores, sonsa!

Medio se calmó con lo que le dije, pero ya quedó sentida para siempre, y asustadiza y tristonosa. ¡Así son las mujeres, compañeros: llenas de agüerías!

Yo tuve que costearme al pueblo, a avisar a la autoridad. A la tarde se presentaron el comisario Barraba, el doctor Calvo, que era médico de policía, y dos milicias. Después de mucho registrar y molernos a preguntas, de cómo había sido, y cómo no, se llevaron a ño Cipriano en un carrito, para abrirlo y ver de qué espichó, y me quedé solo con Carolina, todavía más triste y asustada.

—¡Lo van a achurar al pobre!... ¡Qué desgracia!... ¡Maledetta sorte!

Y volvió a llorar a sollozos.

—¡Miren, la mujer tan grande y tan pazguata... Déjese de llanto, misia Carolina, que eso es de criaturas,—le dije en broma.—¡Para lo que va a sufrir ño Cipriano con que le anden adentro a estas horas! ¡Vaya! vamos a tratar de divertirnos un poco. Los muertos no quieren andar estorbando a los vivos, sino que los dejen quietos.

Récele si gusta, pero vamos a ver si comemos, y bien!

¿No les parece natural? ¡Natural!

Carolina se sosegó un poco, fué a cocinar, comimos después de cerrar la pulpería, yo traté de alegrarla con una punta de dichos y hasta milongas, y tempranito no más nos acostamos... Desde el otro día, principió la vidorria y farra, después de enterrar a ño Cipriano, que resultó bien muerto y sin culpa de nadie.

Los amigos—y ya tenía una punta—caían como moscas a La Polvadera, y yo los obsequiaba lo mejor que podía.

Carolina se pasaba la vida con las ollas y acomodando la casa. Nosotros, para matar el tiempo, y menudeándole a las copas, armábamos jugarretas de truco y taba; después hicimos riñas de gallos, y hasta dimos bailongos en el patio, entre el palenque y la ramada.

En la taba y en las riñas, el comisario—que me había dado permiso, aunque el juego estuviera prohibido en toda la provincia,—no se llevaba más que la mitad de la coima, así es que todo me hubiera salido perfectamente, si no me da la loca por jugar fuerte a mí también.

Como siempre perdía, Carolina principió a rezongar.

—¡Ya decía yo, cuando encontramos al pobre ño Cipriano, que eso había de traer desgracia! ¡Ya todo empieza a andar mal! ¡Oh Madona, Madona mía!

Y estos lloriqueos y rezongos fueron empeorando, empeorando. La gringa echó un genio de la gran perra. Se me quería imponer y teníamos un sin fin de peloterías, pero ¡qué había de poder conmigo, ni qué se iba a poner mis pantalones, que tengo tan bien puestos!... ¡A cada zafarrancho yo, de gusto lo hacía peor, cataba una mona, y el vino de reserva era el que pagaba el pato!

Por consejo de un amigote, y aunque rabiara la gringa, hice arreglar bien el camino real, en el retazo que estaba frente a La Polvadera, que quedó parejito como un billar. Y de ahí no más armé carreras los domingos, también con permiso del comisario Barraba, que sabía a veces presentarse a cobrar la coima en persona, para que no hubiese barullo ni peleas—decía.

¡Vieran qué lindas farras! Los paisanos caían que era un gusto, y el beberaje y el fandango duraban desde la mañana hasta ya anochecido, el cajón se nos llenaba de cobres, y yo tenía negocio y diversión a un tiempo.

Pero compré un potrillo zaino, parejero, y esa fué mi perdición.

Una suerte perra me perseguía sin darme alce. Agarraba una taba y ¡zás! culo sin fallar una vez. Al mus siempre había quien se desemporotara primero y ¡a pagar! Al truco ¡parecía cosa del diablo! los compañeros me embromaban con que era capaz

de perder el envido con treinta y tres de mano. Si cantaba flor, me echaban el contraflor el resto, y si caía el bicho de parra, ya podía estar seguro de que el contrario empacaba el de amansar locos para darme en el mate. Mis gallos, cuando no me resultaban juidos, tenían que clavar el pico a las primeras de cambio. «¡Pucha que había sido mulita, amigo!»—me sabían decir los camaradas. Era una maldición, y yo, como es natural, me calentaba más cada vez y buscaba el desquite como un toro furioso.

Y como de uvita a uvita se acaba un parral, los pesos volaban que era un contento. Pero tenía una gran esperanza, que era el potrillo zaino, lindo animal, fino de patas, de pescuezo largo y cabeza chica, delgado, sin ni esto de barriga, voluntario como él solo, y más manso que el overo rosado de la Laguna. Yo mismo le daba de comer, lo bañaba, lo rasqueteaba, y todas las mañanitas salía a varearlo donde no me vieran. Y en unas cuantas largadas que hicimos de baldé y en secreto con unos amigos, el pingo resultó de mi flor. ¡Qué parejero! ¡Con él no me habían de ganar ni por chiripa!

Carolina a todo esto, viendo que la platita se le iba como el agua de una tina sin arcos, comenzó a armarme camorra peor que nunca.

—¡Así no podemos seguir! ¡Estás tirando todo lo que he ga-

que el espectáculo de la inmensidad de agua nos produce?

Con nada. Los poetas cuando han escrito ante los grandes espectáculos que consecuentemente les han producido grandes sentimientos, es cuando más mal han escrito. Por ejemplo: la muerte. El atributo de un poeta es el don de la expresión, pero la expresión de su yo significa el uso de la palabra, que no es la medida de los grandes sentimientos, sino en boca de los hombres de genio. Posiblemente el silencio sea la medida de los grandes sentimientos. Pero el silencio es negativo, mientras que el sentimiento es positivo en la vida psíquica de cada hombre, lo que prueba que los grandes sentimientos son inexpresables o que nuestra palabra no alcanza a dar la nota tan elevada que ante las grandes sensaciones se eleva desde el fondo del espíritu humano. Lloramos para expresar nuestro dolor, pero nuestro llanto no lo expresa todo porque un poco de dolor ha quedado adentro. Nuestra risa no pudo expresar toda

la infinita alegría porque adentro ha quedado un gozo que no lo pudimos expresar.

III.— Honduras

Sentados en este portal que pertenece a una universidad yankee, pensamos a menudo en Honduras. Hemos estado pensando con fidelidad en Honduras. Nuestro pequeño país que por capricho de los hondureños dentro de 15 años llegará a ser una de las repúblicas más poderosas de Hispano-América. Será por capricho de nosotros, sus hijos, que Dios quiera arraigar en nosotros ese capricho; será, decíamos, un país sólo comparable a la República Argentina, el país más adelantado de la América Latina.

¿Que no es posible? Sí, no es posible impedir el que Honduras llegue a ser una fuerte nación dentro de 15 años. ¿Por qué? Porque no es posible destruir el capricho optimista y *deseo de mejoramiento individual*, que se arraigará como raíz de roble en el alma de cada uno de los hondureños.

En todos: desde el indio de Intibucá hasta el señorito artificioso de Tegucigalpa. Entonces sólo una cosa hace falta,

pero tampoco esa hará falta, de hoy en adelante: confianza en sí mismo y deseo de trabajo. ¡Arriba todos!

Arturo Mejía Nieto

Carleton College, Minn (U. S. A.)

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.

Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega ..... ₡ 0.50  
El tomo (24 entregas) ..... 12.00  
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno ..... \$ 6.00 oro am.

AVISOS:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

nado con mi *trabaco*, canalla! —me decía medio rabiando, medio llorando.

Cuando me hacía enojar mucho, yo gritaba también y más fuerte que ella.

—¡Déjame en paz! ¡sos una gringa de porra! ¡No me incomodés, que te puede costar muy caro! ¡Callate la boca, y más que ligero! ¿eh? ¿me has entendido?... ¡Si no no te callás, te va a pesar!

¡Era que entonces me acordaba de lo del casamiento y del papel que me había dado el cura, pero sin intención de largarla, pobrecita!...

Quiso esconder la plata, pero, ¡por dónde no la iba a encontrar yo, cuando me entraban ganas de echar una talladita al monte o hacer un truco de cuatro! Y Carolina, al ver que se la había pispado, gritaba y maldecía primero, y después se metía a llorar en un rincón.

—¡No es por la plata! ¡no es por la plata! ¡Es que veo que no me querés y que no pensás en mañana.

—Dejá, hijita—le contestaba yo entonces, amansado por sus lloriqueos.—Ya verás cómo nos desquitamos! ¡No te aflijás, sonsa! ¡si hemos de ser muy felices!

—¡Ah, Madona, Madona mía! —suspiraba la gringa.

...En cuanto creí que el zaino estaba en punto de caramelo, me apronté a dar el gran golpe. Lo había tenido tapado, como ya les dije, y no lo conocían más que dos o tres amigos,

que pensaban jugar fuerte a sus patas, y que no me iban a descubrir ni por un queso.

Un domingo de madrugada agarré y lo tuse desparejo, lo entrepelé, le llené la cola de barro y abrojos, y lo puse, en fin, que parecía el último matungo de una chacra de gallegos. Después le puse un apero viejo, y encargué a un peón de lo de Torres, que tenía comprado, que a la hora de las carreras cayese montándolo, a la pulpería. El peón se llevó el parejero.

—Hoy voy a correr con el zaino,—le dije a Carolina.

—Déjate de esas cosas—me contestó.—¡Qué carreras, ni carreras! El juego es la perdición del cristiano.

—Esta vez estoy seguro de ganar! Al zaino lo he puesto desconocido, lo van a tomar por un sotreta, y ya verás la panchada de pesos que nos ganamos!

—Prometéme, al menos,—dijo la gringa, aprovechándose al verme blandito;—prometéme al menos, que si de esta hecha perdés, no vas a volver a jugar.

—¡Mirá, por éstas!—le contesté, besando la cruz de los dedos...

X

QUE quieren que les diga! Principió a caer gente a La Polvadera, se llenó como la misma plaza de Pago Chico para un veinticinco de Mayo. Se largaron varias carreras. Corrió el

coperío, que no dábamos abasto para despachar. El paisanaje se calentaba ya de lo lindo, cuando llegó el peón con mi zaino.

Había un tal Contreras, que le tenía mucha fe a su crédito, un tordillo ligerón, es cierto, pero no gran cosa. Mi parejero no tenía ni para empezar.

Contreras era diablón mal intencionado, peleador de alma atravesada, y jugaba platales que se agenciaba no sé cómo: dicen que se los daba el pillo del escribano Ferreiro, para que le guardara las espaldas, y para que asustara a sus contrarios políticos... ¡con nada! palizas y hasta puñaladas y tajos si mal no venía.

—¡Lindo su tordillo!—le dije, eligiéndolo de ahijado, porque era un hombre de meterle un cien y es lo que me convenía.—¡Lástima que se haya puesto tan gordo!

—¿Gordo? ¡No embrome! Está en carnes, compadre, y es capaz de tragarse al más pintau. Y eso, que venimos de lejos...

¡Mentira! Hacía una semana que lo tenía descansadito en el Pago, preparándolo.

—¡Bah!—le volví a decir para calentarlo más.—En cuanto principian a echar panza...

Me miró riéndose para que no le conocieran la rabia.

—¡No cargue, que no hay quien lave, paisano! Si quiere verle la panza, tiene que ponerse antiojos. Y, barrigón o no,—si-

guió gritando:—¿a ver quién es el mozo guapo que quiere perder cien pesos?

Muchos se acercaron y nos rodearon.

—En ese estau del caballo,—le contesté sobre el pucho, medio riéndome,—yo le corro con cualquier maceta.

—¡Oiganlé! ¿Y con cuál?

—Con este zaino abrojudo, sin ir más lejos. ¿Me lo empresta, paisano?

—¡Cómo no!—contestó el peón que lo había llevado.—¡Corra no más!

Contreras miró con atención el caballo, lo palmeó, lo hizo andar un poquito.

—Este mancarrón no es lo que parece,—me dijo.—¡A mí con l'uña! Pero... porque no se diga... le corro, ¡bah!

—¿Por los cien pesos?

—¡Y entonces!

—¡Depositemos!

—¿Depositemos? ¡Avisé, compadre!—rezongó, revolviéndose los ojos.

Yo, sabiendo que aquello quería decir pelea, me callé la boca, desensillé el zaino, le puse bocado y una jerguita, me saqué el saco y el chaleco. me hice una vincha con un pañuelo colorado, y ¡ya estuvo!

El paisanaje, caliente, jugaba a raja cincha. Muchos ofrecían doble a sencillo contra mi zaino. Yo agarré una punta de paradas, y los amigos que sabían de la cosa, de consiguiente.

El tiro era de dos cuadras.

(Pasa a la página 300)

## Ibsen y el muñequismo

(Motivo de centenario)

=De 1928. La Habana.=

El teatro reposaba en la anécdota. Se construían vidas planas, de dos dimensiones, y entrelazando sus destinos se las hacía vivir el mismo cuento. ¡Aquellas «casas de muñecos» que el dramaturgo enfocaba con malicia para mostrarnos los ángulos del drama!

Era una vida plácidamente segura, la del arte dramático sobre el edredón de lo anecdótico. Pero nada tan peligroso para el arte como esa plácida seguridad. La tranquilidad, la confianza, el bienestar son buenas normas para un ideal de vida burgués, no para un ideal artístico. Seguridad engendra conformismo y un arte que se conforma es un arte suicida. Hay que perseguir la mayor seguridad posible dentro de un gracioso equilibrio inestable. Aeronauta en su avión, sírvale al artista la propia gravedad, utilizada con destreza, para sostenerse, planear y ascender en el espacio.

Ibsen comprendió que la anécdota —merced a la cual Scribe, Augier, Dumas, Meilhac, hacían obras de «éxito seguro»— lleva en sí un germen disolvente. La disolvenca moral que la crítica escandalizada y escandalosa veía en las obras de Ibsen, era un fenómeno de espejismo. La disolvenca estaba precisamente en el teatro anecdótico al uso. Ya el Zola crítico lo apuntaba en París, sin sospechar que en el otro cabo del continente un arisco y genial «poeta dramático» del teatro de Bergen entrenaba su puntería contra los muñecos de «tiro al blanco» del teatro burgués.

Lo disolvente es la anécdota cuando se quiere hacer de ella lo fundamental del arte. Cuando, so pretexto de realismo, se pretende dar anécdota por vida —gato por liebre. Sólo aceptando de antemano su esporadicidad, su contingencia, su irrealidad, cabe admitir lo anecdótico. Como ocurre en los cuentos de hadas, en las farsas, en todo arte tocado de humorismo. Lo anecdótico de un cuento de Anderson, de una comedia de Moliere, de una novela de Dickens puede interesarnos y de hecho nos interesa. Pero con lo anecdótico de un drama de Sardou no ocurre lo mismo. En el primer caso lo anecdótico tiene un valor de contraste, de confrontación con lo real, perfectamente distinto de la realidad. En el segundo, intenta ingenuamente sustituirla.

En el mismo grado que halaga los sentidos, la anécdota adormece la voluntad y la incapacita para la reacción. Su-

prime la actitud polémica—única digna, fecunda—del contemplador ante la obra de arte. Hay que tener bien embridado y muy a mano el potro de la inquietud para que nuestras fuerzas no se diluyan, con delectación, en el óleo de lo anecdótico. Delectación pecaminosa, porque adheridos a la miel de la anécdota, como el insecto goloso, nos olvidamos a la condición viajera del hombre (la vida es una sucesión de estaciones: parada, 5 minutos) y se apodera de nosotros la conformidad. Conformidad por parte del gustador de belleza. Conformidad correlativa por parte del artista. Y ya tenemos al arte inscripto en el círculo vicioso que Lope insinuaba con su dístico claudicante.

El teatro, arte divertidor por excelencia, es proclive, como ninguno, a la anécdota. Esa propensión a levantar toda la estructura dramática sobre uno o varios hechos, produce un curioso «virtuosismo». La fantasía—cualidad distinta e inferior a la imaginación, como al-

guien ha observado—sometida a un entrenamiento especial, se entrega con soltura al deporte de inventar inécdotas interesantes y logra hallazgos brillantísimos. (El teatro post-romántico del pasado siglo nos presenta ejemplos muy característicos, sobre todo el teatro francés, con su triada incomparable: Scribe, Dumas, Augier).

Con la invención de la anécdota, surge la maestría de presentarla hábilmente y explotarla en su totalidad. Al «virtuosismo de la anécdota»—destreza para cazar las especies más raras—se incorpora el «virtuosismo de la técnica»: habilidad para alinear y presentar bien la pieza cobrada. Cuestión de cocina.

El público, no curado todavía del sarampión romántico, aceptaba con gusto las bien ensambladas estructuras dramáticas que Scribe, Augier, Ennery, Meilhac, Halevy, etc. le ofrecían. Habitudo al género (tanto como nuestro público de hoy a la astracanada y a la obra bufa) consideraba natural que el simple hecho (argumento, trama)

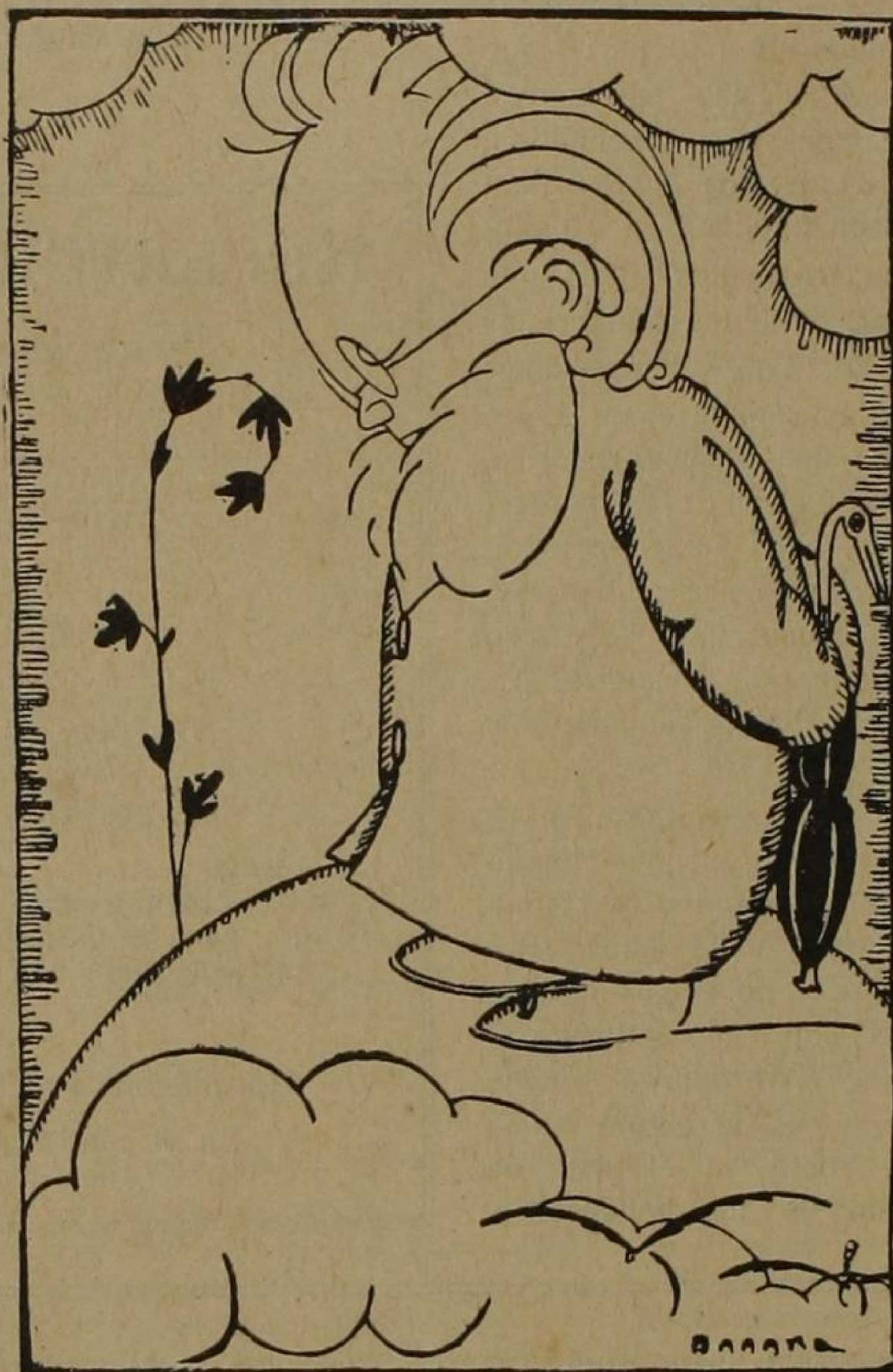
fuese el eje de la acción dramática y el personaje cosa secundaria, muñeco supeditado a él. El teatro vivía en plena era de *muñequismo*.

Ibsen produce el primer escándalo. Toma un puñado de caracteres y los lanza a la escena. Asombro general. ¿Quiénes eran aquellos seres que se atrevían a rebelarse contra un sistema establecido? No sólo no giraban en torno al eje de lo anecdótico, sino que cada uno llevaba un eje ideal en sí y a él refería todos sus movimientos. La obra de teatro dejaba de trazar idealmente su ruta circular de tío vivo ingenuo y fingía una hipérbola que desconcertaba al público.

Ibsen, como todo revolucionario, había invertido los términos. La anécdota pasaba a ser cosa secundaria y el «carácter» cosa primordial. Desde entonces la obra dramática no se produce de fuera adentro, sino del centro a la periferia, porque son los mismos personajes los que al desarrollar los husos misteriosos de sus vidas urden la red dramática.

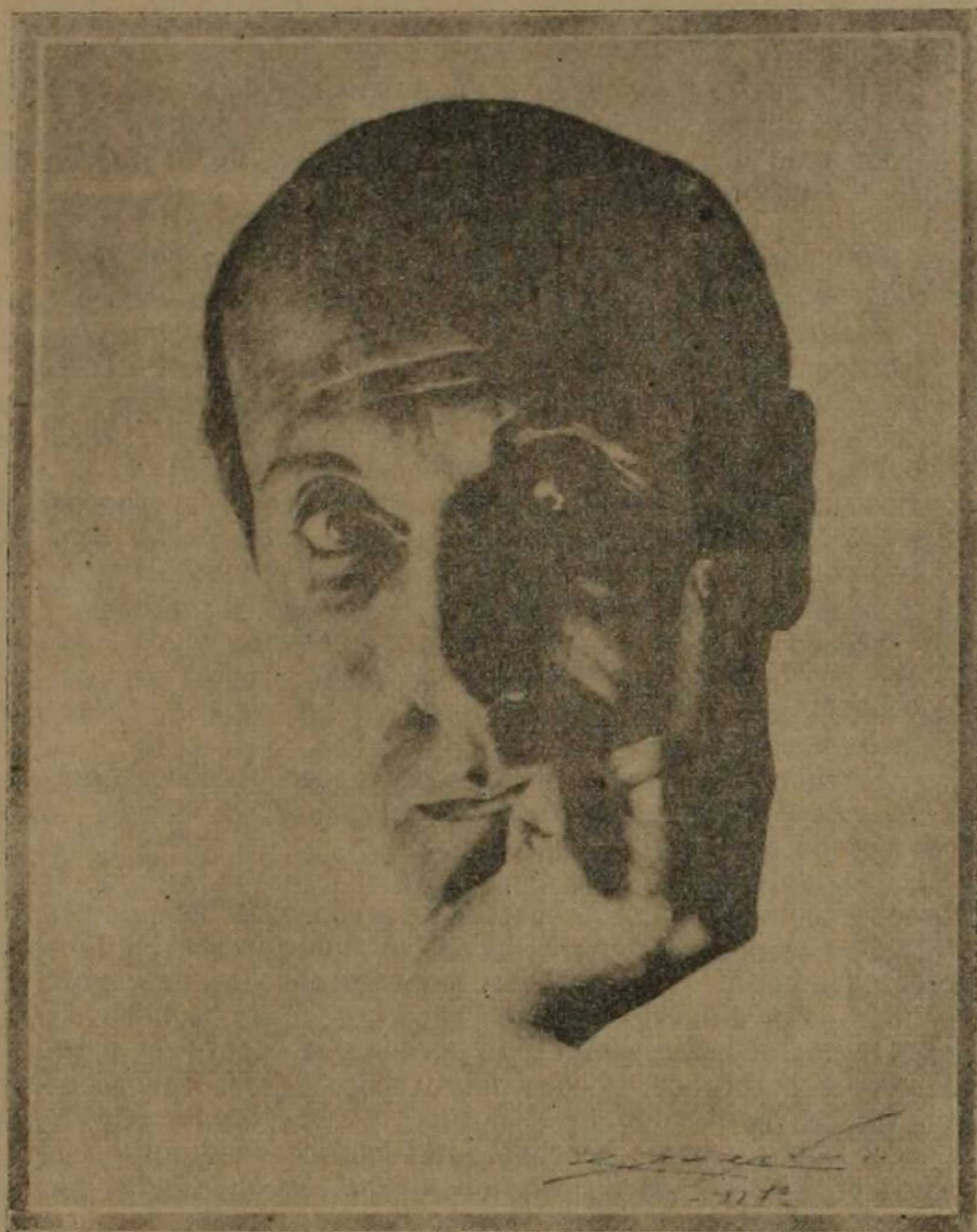
En un teatro de muñecos Ibsen atrevidamente hace penetrar seres vivos dotados, como su creador, de una violenta pasión polémica. Desde *La comedia del amor*—su primera obra de atisbos revolucionarios—Ibsen entabla una polémica constante, implacable, con el público. Polémica que en *Casa de muñecas*, en *Espectros* y en *El enemigo del pueblo* llega a su *climax*. El público tenía un concepto hermético de la obra de teatro, tanto en el orden artístico, como en el orden moral. Su concavidad receptiva no se acomodaba a las convexidades nuevas, peculiares, de la manera ibseniana. Le subleaban los personajes de Ibsen. ¡Aquella Nora inmolando todo sentimiento para partir en busca de sí misma; aquel Oswald, fruto podrido de un maridaje convencional; aquel Allmers atormentado por la imagen de la muletilla flotante de Eyolf; aquel Borkman solitario, amargado, misántropo...!

Pero de toda esa humanidad levantada sobre las cenizas aún humeantes del romanticismo, acaso Nora, con su cabecita traspasada por un súbito pensamiento de liberación, sea el símbolo central de la renovación dramática de Ibsen. Nora significa la emancipación del muñequismo moral. El teatro de Ibsen, la emancipación del muñequismo dramático.



Ibsen (Visto por Bagaría)

Francisco Ichaso



Dibujo de Rafael Durand, jr.

## Nervo, orientador espiritual

(De una conferencia dada en México).

ADMIRÉ a Nervo en mi juventud, a la hora en que Eros enciende en nuestras almas el milagro de sus deslumbramientos, por el arte gentil y delicado de sus *Perlas Negras*. El amor, para ciertos temperamentos, no es la pasión primitiva e ingenua, impulso instintivo de la naturaleza, que han cantado otros poetas mexicanos, Manuel Flores por ejemplo. Es un sentimiento sutil y refinado, hecho de esperanzas y congojas, de angustiosos desconsuelos y certidumbres exquisitas, de hondas tristezas y deliquios inefables. La amada es un sér ideal, divinamente incorpópeo, en quien por singular hechizo se encarnan nuestros sueños; la directa compañera cuya llegada esperamos, con ansia inextinguible, para que embellezca y consuele nuestra vida.

Nervo ha evocado, en bellísimos versos, la figura sidérea de la amada:

*Ha mucho tiempo que te soñaba  
así, vestida de blanco tul,  
y al alma mía que te buscaba,  
«Ana ¿qué miras?» le preguntaba,  
como en el cuento de Barba Azul.*

*Ha mucho tiempo que presentía  
tus ojos negros como los vi,  
y que, en mis horas de nostalgia,  
la hermana Ana me respondía:  
«Hay una virgen que viene a ti».*

*Y al vislumbrarte, febril, despierto,  
tras de la ojiva del torreón,  
después de haberse movido incierto  
como campana que toca a muerto,  
tocaba a gloria mi corazón.*

*Por fin, distinta me pareciste;  
vibraron dianas en rededor,  
huyó callada la Musa triste  
y tú llegaste, viste y venciste  
como el Magnífico Emperador.*

*Hoy, mi esperanza que hacia ti corre,  
que mira el cielo donde tú estés  
porque la gloria se le descorre,  
ya no pregunta desde la torre:  
«hermana Ana, dime: ¿qué ves?»*

*Hoy en mi noche tu luz impera,  
veo tu rostro resplandecer,  
y en mis ensueños sólo quisiera  
enarbolarlo como bandera,  
y, a ti abrazado, por ti vencer.*

Pero mientras no ha llegado la elegida, el espíritu erra en la selva oscura de la Desesperanza. Pasajeros amoríos distraen, fugazmente, el ingénito desasosiego que en el fondo de nuestro sér llevamos, como signo inconfundible de que este mundo es una escala transitoria en la eterna peregrinación de la existencia, y por sus feéricos mirajes y sus fiebres deliciosas nos hacen más leve la pesadumbre infinita de ser hombres. Como nubes que proyectan sus efímeras paisajes un momento, y se desvanecen luego para siempre, erigen las frágiles pasiones de una hora sus torres de ilusión en nuestras almas, y se van enseguida, no dejándonos sino el perfume de sus reminiscencias; pero ¿qué importa que se vayan, si por la eternidad de un instante nos hicieron felices como dioses?

Es el beleño de esos bienhechores amoríos el que vierte sus mieles en estos versos del poeta:

*Ven, ¡acércate más! El campo umbrío,  
el cielo torvo y el ambiente frío  
predisponen el alma a la tristeza.  
Ven, apoya en mi hombro tu cabeza;  
así, juntos, muy juntos, dueño mío.*

*Hablemos de tu amor: ¡de aquel soñado  
amor! Cuando el invierno desolado  
reina doquier, y pálidas se ahuyentan  
la ilusión y la fe, ¡cómo calientan  
los recuerdos benditos del pasado!*

*Ven, acércate más, mi dulce dueño...  
y en tanto agita con tenaz empeño  
la niebla gris su colosal cimera,  
sobre nosotros vuelque la Quimera  
el ánfora implacable del Ensueño.*

Porque en sus versos primigenios vistió con túnica de hadas las fantasías pasionales de mi adolescencia, amé entonces la poesía de Nervo. La amé luego por la acendrada idealidad de sus estímulos espirituales.

Está de moda, en este siglo de estupendos maquinismos, ponderar las excelencias de nuestra civilización positivista. Pero ¿ha llegado en realidad el momento de proclamar la gloria insuperable de las realizaciones alcanzadas? Somos esclavos del dolor por la ciega hostilidad de las fuerzas naturales; lo somos más aún por las miserias de la carne. Somos esclavos del dolor porque la vida es una pugna despiadada contra el medio físico; lo somos ante todo por la lucha inexorable que se libra dentro de nosotros mismos, desde que la razón prende sus luces en nuestra inteligencia, hasta que la muerte las apaga. Una a una vamos venciendo las rebeldías de la naturaleza. Ya no vivimos como fieras en las grutas, ni a las fieras disputamos a zarpazos, para nutrirnos, la carne palpitante acabada de arrancar de los flancos de una presa. Sometimos el fuego a servidumbre, y él sazona nuestros alimentos, da calor a los hogares, y forja las herramientas con que a diario domeñamos la materia. De manos de Júpiter hemos arrancado el rayo, cetro despótico de su omnipotencia. Con audacia y rapidez no superadas por las aves, saltamos de uno a otro continente por la inmensa plenitud del cielo, y con los peces compartimos la soberanía de las aguas turbulentas del océano. Miden ya nuestros ojos las vertiginosas trayectorias de los astros en el espacio sin fronteras, y del electrón en los átomos infinitesimales; y en alas del radio recorren nubes mensajeras, con la velocidad del pensamiento, los ámbitos del orbe.

Pero si en lo material hemos ampliado magníficamente los dominios de nuestra potestad, y cada hora un triunfo es galardón de nuestro esfuerzo; si cualquier persona de la clase media disfruta hoy de lujos y comodidades que no soñó el fastuoso Luis XIV; si un estudiante de sexto año sabe más del mundo físico que Aristóteles o Galileo, y cotidianamente utilizan los obreros en las fábricas diversidad de fuerzas cósmicas, que ayer no más eran sorpresa o terror de las muchedumbres estupefactas, en las jurisdicciones del reino interior, en lo que al señorío de las fuerzas morales se refiere, apenas si estamos peldaño más arriba que los lejanos antepasados nuestros que en la escala

biológica ascendieron, por primera vez, de la animalidad puramente instintiva a la dignidad del ser consciente. Tan vasallos somos de las pasiones como los rudos guerreros que hace veintisiete siglos derramaron su sangre ante los muros de Troya. Hoguera de lubricidades, de egoísmo y avidedez consume hoy a los hombres, como los consumía en la infancia de la historia.

No es sino por el espíritu como al cabo nos redimiremos del grillete de apetitos bestiales que arrastramos a lo largo de la jornada sobre el mundo, y que más que las adversas energías del medio dan fruto de dolor en nuestra vida. Es constelando nuestra mente de anhelos esforzados y nuestro ánimo de gallardos sentimientos, como de veras llegaremos a la suprema majestad de reyes del universo, con que en la embriaguez de nuestro orgullo há luengo tiempo nos hemos coronado.

Tal de buena hora lo sintió Nervo, y así en sus *Místicas*, libro extraño en que las notas del Cantar de los Cantares alternan, inesperadamente, con glosas del taciturno Kempis, vemos aparecer los destellos del fuego interior que, cuajado después en un fanal de ardientes espiritualidades, iluminará, como una estrella fija, la obra de su madurez de pensador y de poeta. Es todavía una espiritualidad cautiva de los arrobamientos litúrgicos, en que se proyectan más los precarios dogmas de la era del Dios-Hombre que las inspiraciones inmortales del reinado del Espíritu Santo; es decir, más la mitología del Cristianismo que su esencia fundamental, que su íntima substancia. Pero ya podemos escuchar acentos que presagian los fervidos clamores de más tarde. En su *Oremus*, por ejemplo:

*Oremos por las nuevas generaciones,  
abrumadas de tedio y decepciones;  
con ellas en la noche nos hundiremos.  
Oremos por los seres desventurados,  
de moral impotencia contaminados...  
¡Oremos!*

*Oremos por la turba que a cruel prueba  
sometida, se abate sobre la gleba;  
galeoto que agita siempre los remos  
en el mar de la vida revuelto y hondo,  
danaide que sustenta tonel, sin fondo...  
¡Oremos!*

*Oremos por los místicos, por los neuróticos  
nostálgicos de sombra, de templos góticos  
y de cristos llagados, que con supremos  
desconsuelos recorren su ruta fiera,  
levantando sus cruces como bandera.  
¡Oremos!*

*Oremos por los que odian los ideales,  
por los que van cegando los manantiales  
de amor y de esperanza de que bebemos,  
y derrocan al Cristo con saña impía,  
y después lloran, viendo l'ara vacía.  
¡Oremos!*

*Oremos por los sabios, por el enjambre  
de artistas exquisitos que mueren de hambre!  
¡Ay! el pan del espíritu les debemos,  
aprendimos por ellos a alzar las frentes,  
y helos pobres, escualidos, tristes, dolientes...  
¡Oremos!*

*Oremos por las células de donde brotan  
ideas-resplandores, y que se agotan  
prodigando su savia; no las burlemos.  
¿Qué fuera de nosotros sin su energía?  
Oremos por el Siglo, por su agonía  
del Suicidio en las negras fauces!...  
¡Oremos!*

Me es imposible, en el breve trascurso de esta plática, recorrer detenidamente las etapas sucesivas del desarrollo psíquico de Nervo, analizar el proceso de lenta evolución por el cual su pensamiento ascendió de los formulismos del culto dogmático y externo, a más puras categorías espirituales. De otra parte, hacer la disección de las producciones de un poeta es sacrilega faena. Elevarnos a la suprema vibración del éxtasis, darle cuerpo perfumado de armonía a las intuiciones de eternidad que flotan imprecisas en nuestra subconciencia, es el divino ministerio de los poetas. Su obra escapa a la materialidad de nuestros torpes instrumentos de pesos y medidas. Esencia la más pura de la idea, es sutil e imponderable como el éter. ¿Podemos analizar acaso el por qué de la transfiguración que la música produce en nuestras almas? Un sortilegio todopoderoso nos subyuga y, arrancándonos a las miserias del destino, nos transporta a las regiones donde imperan soberanamente la Bondad y la Belleza. Tal,

en mayor grado aún, el poder de la poesía, que es la música del pensamiento.

Espigaremos, pues, sólo algunas mieses de su ideario. Son del trigo de que se elaboran los panes eucarísticos. Y para empezar, leeremos una de sus páginas en prosa, de la prosa suya, melódica y fragante como un poema:

*Hermano: sé como el molino de mi huerta; los  
pies en la tierra y la cabeza en el cielo.*

*Alzate jubiloso en la mañana llena de luz; tranquilo  
bajo la severa mansedumbre de la tarde; impávido  
cuando en la noche pasen sobre ti las nubes de  
tormenta.*

*Tu rueda debe girar siempre, sacando afanosa el  
el agua. Llena tu vaso, y dale de beber al hermano  
sediento; y cuando colmes tu represa deja correr las  
aguas por la campiña para que beban también los  
corderos y las palomas, las flores y las hormigas.*

*Sea tu fuente manantial divino que apague la sed  
de los hombres, que fecunde la tierra de las almas  
resecas; y linfa cristalina donde la luz de los cielos  
se mire orgullosa.*

*Hermano: ¡sé como el molino de mi huerta! Que  
tu vida valdrá según lo que riegues...*

Es un salmo de amor, de generoso amor a todos los seres. En los catecismos viejos, de estrictas ortodoxias, se nos prevenía que la fe es la más poderosa de las virtudes, recordándonos que la fe transporta las montañas, es decir, realiza lo imposible. San Pablo, el coloso del cristianismo naciente, observa, empero, que hay algo más fecundo. «Si tengo toda la fe, dice, de modo que pueda mover montañas, y no tengo amor, nada tengo». Luego exclamará: «Si hablo con las lenguas de los hombres y los ángeles, y no tengo amor, seré sólo un bronce resonante». Quería expresar, él, que era la elocuencia misma, la desolada vacuidad de las palabras que el amor no inspira y enardece.

Pero no basta el amor pasivo que, satisfecho en la actitud negativa de un estático quietismo, se limita a ordenarnos que no hagamos mal a nadie. Debe ser un amor desbordante, que no espere que llamen a su puerta para entregar sus pródidas vendimias, sino que salga al encuentro de las desigualdades e infortunios que constituyen al mundo en arena de sufrimiento e injusticia, y con apostólico fervor reparta el bálsamo sedante que lleva resignación a las almas doloridas y convierte a los privilegiados de la tierra al más augusto de los evangelios: piedad, inmensa piedad para todas las criaturas; amor, infinito amor para todos los hombres.

Ese afán nazareno de ser ánfora de bondad abierta a todas las bocas, es luz votiva que iluminará en adelante la obra de Nervo. El místico de los primeros tiempos, que creía no encontrar sosiego sino en la helada soledad del claustro, entre empolvados libros de horas y códices austeros de ascetismo penitente, reclama ahora la prolífica actividad de las virtudes en acción. El mensaje del Bodhisatva ha penetrado en su conciencia: «Los rituales carecen de eficacia, vana repetición de fórmulas son las oraciones: libertarse de la concupiscencia y de la voluptuosidad, de las malas pasiones, y renunciar al odio y a la malevolencia, es el verdadero sacrificio y el verdadero culto. Hacer el bien es más fructuoso que adorar a los dioses». Flor de este nuevo credo es *Hoy he nacido*:

*Cada día que pasa, has de decirte:  
«Hoy he nacido!»*

*El mundo es nuevo para mí; la luz  
esta que miro,  
hiere sin duda por la vez primera  
mis ojos limpidos;  
¡la lluvia que hoy desfleca sus cristales  
es mi bautismo!»*

*Vamos, pues, a vivir un vivir puro,  
un vivir nítido.  
Ayer, ya se perdió. ¿Fui malo? ¿Bueno?  
...Venga el olvido,  
y quede sólo de ese ayer la esencia,  
el oro íntimo  
de lo que amé y sufrí mientras marchaba  
por el camino...»*

*«Hoy, cada instante, al bien y a la alegría  
seré propicio,  
y la esencial razón de mi existencia,  
mi decidido  
afán, volcar la dicha sobre el mundo,  
verter el vino  
de la bondad sobre las bocas ávidas  
en redor mío...»*

*«¡Será mi sola paz la de los otros;  
su regocijo,  
mi regocijo; su soñar, mi sueño;  
mi cristalino*

*llanto, el que tiemble en los ajenos párpados,  
y mis labios,  
los latidos de cuantos corazones  
palpiten en los orbes infinitos!»  
Cada día que pase, has de decirte:  
«¡Hoy he nacido!»*

Internado ya en la senda simbólica, en que su corazón se abre progresivamente a la nueva ley que de él se ha enseñoreado, su ascensión será constante, tal la del mancebo que nos presenta Longfellow en su poema *Excelsior*, retando con un altivo «¡más allá! ¡más arriba!» cada obstáculo que pretende detenerlo.

En una conferencia en que Wu-Tin-Fang, docto Ministro de China en los Estados Unidos, expuso admirablemente, hace algunos años, ante la Sociedad de Cultura Etica de Nueva York, las doctrinas de Confucio, comparaba las enseñanzas de Jesucristo con las del filósofo oriental en lo que al perdón de las ofensas se refiere. «Amad a vuestros enemigos», dice Jesús; «no hagais resistencia al agravio; antes, si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra»; mientras que Confucio se limita a declarar que debemos corresponder con bondad a las bondades, y con justicia, quiere decir, sin rencor, a las injurias. Observaba el conferencista que la doctrina de Jesucristo no es aplicable al estado social en que vivimos, y aun en cierto modo puede reputarse de nociva, porque quien causa daño es un sujeto peligroso, que debe ser prudentemente recluido, en vez de estimularlo, por la falta de represión, a que reincida.

Desde un punto de vista puramente humano, e interpretando literalmente las palabras del Maestro en la versión que de ellas conocemos, tendrá tal vez razón el letrado chino. Entiendo, sin embargo, que lo que Jesús predicaba era la infecundidad de la venganza; que más noble que la justicia inflexible que condena, es la piedad misericordiosa que perdona. Por ello, antes que las sesudas consideraciones del Ministro chino, mueven mi corazón estos sentidos versos de Nervo:

*¡Si una espina me hiere, me aparto de la espina  
pero no la aborrezco!*

*Cuando la mezquinidad  
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,  
esquívase en silencio mi planta, y se encamina,  
hacia más puro ambiente de amor y caridad.*

*¡Rencores! ¡De qué sirven! ¡Qué logran los rencores!  
Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.  
Mi rosa tiene apenas tiempo para dar flores  
y no prodiga savias en pinchos punzadores.  
Si pasa mi enemigo cerca de mi rosa,  
se llevará las rosas de más sutil esencia,  
y si notare en ellas algún rojo vivaz,  
¡será el de aquella sangre que su malevolencia  
de ayer vertió al herirme con encono y violencia  
y que el rosa devuelve, trocada en flor de paz!*

Con frecuencia se pronuncian frases desdeñosas contra el arte por el arte, contra la poesía que en sí misma busca y colma sus propósitos, o, en otras palabras, que reconoce como supremo canon la belleza. Hay en la obra de Nervo tan espléndida prodigalidad de pensamiento e intenciones, que aun los aristarcos más severos no podrían tacharla como frívola. Pero para mí tengo que, independientemente de las tesis de sus versos, y aun en aquellos que inspira un puro fin estético, realizó Nervo labor valiosa por la prístina distinción y el singular donaire de su forma.

Todas sus estrofas nos ponen en comunión con la belleza, y basta ello solo para consagrarle entre los maestros de espiritualidad en nuestras letras. ¿Necesita acaso la poesía enseñar como un dómone, o empuñar las férulas de ceñudo moralista, ser docente o parenética, para constituir el más preciado de los dones que debemos a la munificencia de los dioses? ¿Por ventura no fué siempre la belleza generadora ubérrima de valientes determinaciones y gallardos sentimientos? ¿No tuvo, desde que existen hombres capaces de levantar los ojos a la majestad de lo infinito, el seráfico atributo de calmar nuestras ansias y dolores?

Una noche del pasado diciembre me pidió un distinguido compañero que le ayudase a examinar unos ejercicios de sus numerosos alumnos de literatura española, que forzosamente debían estar calificados en la mañana siguiente. Comenzamos la monótona tarea al caer de la tarde, después de haber trabajado intensamente durante el día en nuestras ocupaciones habituales, y empezaba a amanecer cuando nos levantamos de nuestros escritorios, con la fatiga intelectual y el quebrantamiento físico que una noche de labor de tal especie produce inevitablemente, en quienes no cuentan ya con las reservas de la juventud, que todo lo soportan. Pero al abrir la puerta del aula donde habíamos estado encerrados cerca de doce horas, sentimos que una súbita transformación se producía en nosotros. Enfrente, en el azul pá-

lido del horizonte, como un diamante inmenso, resplandecía el lucero de la mañana. Era una ascua de bullente plata, caída al parecer, sobre el manto del cielo, de la diadema de la noche fugitiva. Nos quedamos absortos contemplando aquel prodigio, y diríase que al contacto de los flecos de luz que con la suavidad de una caricia nos bañaban, un vigor sobrehumano se difundía en nuestra sangre.

Estarán tal vez en lo cierto los que afirman que somos apenas un fortuito agregado de átomos, que por la sola alquimia de su armónico funcionamiento producen una alma perecedera, como producen las flores su perfume, que con ellas se extingue; y no será así la muerte sino un sueño bienhechor en que se duermen para siempre las angustias y las exaltaciones que agitan la existencia. Más aún si es ésta nuestra única morada, debemos rendir tributo fervoroso a cuanto la sublima, y ofrendar sin reservas nuestra reverencia a los videntes que interpretan con optimismo alentador los ignotos enigmas del destino; que por el sortilegio de su arte suscitan en nosotros piadosas ilusiones y nobles entusiasmos; que, como Nervo, deleitan y dignifican nuestra vida con sus cantos melodiosos de bondad, de amor y de esperanza.

*Ernesto Martín*

México, marzo 1928.

## Lenguas de fuego...

(A Moises Vincenzi)

Mientras las amarillas  
lenguas del fuego lamen  
los ladrillos... yo pienso...  
El viento  
abofetea los cristales,  
y salta ebrio  
por sobre los tejados.  
El viento  
escribe poemas de violencia.  
(Tórtola Valencia  
fué lengua de plata  
en mi infancia)  
Corta el aire  
tremendo y pagano  
un aeroplano.  
(Este aparato  
es ya una necesidad  
en la poesía novísima:  
aquí lo pongo porque es realidad)  
Yo que pude ser aviador  
y antaño bucanero  
estoy pensando y escribiendo  
junto al fuego...  
El frío es un estilete  
de acero.  
Aquí estoy solo y fuerte,  
no quiero amor, odio ni vino,  
ni vida ni muerte...  
Sólo quiero estar y ser...  
Todo esto ¿no os divierte?  
El fuego, yo, el aeroplano,  
el papel y la pluma:  
la vida es en verdad  
una monumental necedad.  
Vamos a ver ¿para quién  
escribo yo estos poemas?  
¿Para una señora en cinta,  
para un cura o un barbero?  
¿Acaso para un cubista  
ignorantón palabrero?  
¡Qué me importa!  
Yo escribo lo que pienso;  
lo demás no vale gran cosa.  
¿Y es esto pensamiento?  
¿O son sólo asociaciones?  
¿Incoherencias?

¿Qué es pensamiento?  
¿Qué asociación?  
¿Qué incoherencia?  
Sólo yo soy yo,  
el libro papel es  
y el fuego fuego.  
¿Porqué no hacen versos  
el asno y el perro?  
El asno sería un creacionista  
soberbio. Tiene medio creador  
kilométrico.  
El perro que lame los pies del amo  
imitaría los versos  
del parnaso peruano,  
o del chileno,  
en que escritores y ostiones  
hacen madrigales al tirano.  
(En vez de ostiones  
ponga el lector intuitivo  
otro vocablo más expresivo).  
En este momento  
se hace más sonoro  
el viento...  
Yo pienso...  
Lenguas de diamante  
las llamas  
me hacen pensar  
en Juana de Ibar-  
bourou. Menos mal  
que no pienso en G. Mistral.  
Esta manera de escribir  
es demasiado elemental.  
Hace ya rato  
que soy menos hombre que  
[literato].  
Pasa un Cadillac  
negro y atronador por el camino,  
una mujer rubia  
llena de pieles guía.  
¡Oh, maravillosa alegría!  
Yo sacaré mi Packard  
y en vez de hacer versos  
y pegarlos con goma  
iré a cortar los vientos  
a sesenta millas por hora.

*Arturo Torres Rioseco*



## Qué hora es...?

Lecturas para maestros; sugerencias, ejemplos, incitaciones, noticias.

**La higiene de la boca.**— En todos aquellos establecimientos en los que la infancia, bien sea con un fin educativo o en régimen de cura, se encuentra internada, como es en los hospitales, sanatorios marítimos o de altura, preventorios infantiles y colegios, será preciso realizar la odontología conservadora y hacer propaganda educativa en los niños por medio de divulgaciones con proyecciones y demostraciones para que vean la importancia que tiene la higiene y profilaxis de la boca, con la seguridad de que, si obramos con constancia, llegaremos a inculcar, no sólo en los niños, sino en las madres, la trascendencia que tienen los cuidados de la boca.

### Preceptos higiénicos odon-

**tológicos.**— 1.º La caries dentaria es una puerta de entrada del bacilo tuberculoso.

2.º No dejarás besarte en la boca.

3.º No usarás los dientes sino para masticar.

4.º No dejes de enjuagarte y cepillarte los dientes antes y después de cada comida.

5.º Por lo menos, una vez al año deberás visitar a tu dentista.

6.º Acudirás al mismo a la menor molestia que sientas en tu boca.

7.º A los niños se les vigilará la erupción de sus dientes, visitando durante esta época al dentista dos veces al año.

8.º Si observáis que el niño durante el sueño respira con la

boca abierta, es porque tiene algo que le impide respirar normalmente; llevadle al especialista de garganta, nariz y oídos y a vuestro dentista.

9.º El cepillo de dientes y el vaso para higiene de boca serán de uso rigurosamente personal.

10. No dejarás que los niños

usen chupones de goma, ni juguetes que tengan por fin el introducirlos en la boca para distraerlos.

11. En caso de enfermedad infecciosa o en época de epidemia, exagerarás los cuidados de tu boca.

12. Cuida de tu boca como de una joya de valor inestimable.

A. Vázquez Rodríguez

(El Sol. Madrid).

## Noticia de libros

### Un milagro bibliográfico

EN esta mágica ciudad de la Habana, dentro de su aire festivo, perpetuamente ataviada con ropa dominguera; dentro del marco de su topografía de sonrisa, de su playa escotada en la bahía, que de día lentejuelea en sol y por la noche se encollara de luces; dentro de su bullente multiplicidad de fauna humana—pensadores que bucean misterios, políticos que gritan en la bolsa de los valores nacionales, poe-

tas que beben luna, y, sobre todo, hembras reales que en copas de pestañas hacen beber estrellas—; entre todo eso que dice, cada uno con su especial garrulería, cuánto hay que esperar de este pueblo en el lejano horizonte de su porvenir, y que hace pensar en un enorme granero de preclaros talentos y de viriles aptitudes, vive y resalta con definido relieve de rasgos propios, una familia de privilegiados, si por privi-

## El casamiento de Laucha...

(Viene de la página 295)

Después de unas cuantas partidas, largamos y mi potrillo principió a sacar su ventajita, primero la cabeza, después un pescuezo, después medio cuerpo, ¡sin castigar! ¡Contreras venía a dos rebenques, lonja y lonja!... Claro que el tordillo se le iba a aplastar, pero estaba ciego de rabia con la fumada... Yo ví mía la carrera, y por no dar a conocer todo el juego del animalito, lo llevaba sobre la rienda... Asimismo saqué un cuerpo de ventaja, cuando ¡malhaya! medio matando su tordillo, Contreras me alcanza, le mete pierna al zaino, que rueda largándose por las orejas y pasa como un refusilo sin parar hasta la raya. ¡Hijuna!...

Por suerte yo caí parado, pero, ¡vieron el avispero que se armó! El paisanaje gritaba, se insultaba, hasta zangoloteaba al juez de la carrera... Salieron a relucir cuchillos, y si no se mete el comisario Barraba, la cosa hubiera acabado mal.

Contreras volvía al tranquito, golpeándose la boca, muy contento... ¡Me dió una rabia!...

En cuanto me alcanzó—yo iba a juntarme con los otros frente a la pulpería cabrestiendo al zaino rengo,—no pude más y le grité:

—¡Canalla! ¡Tramposo, sinvergüenza! Me has metido pierna, ¡hijuna gran!...

Ahí no más se tiró del caballo pelando el fiyingo. Yo me eché atrás para desenvainar también.

A mí no me gustan mucho esas cosas, ¿a qué decir? Soy bajito, bastante delgadón, no tengo gran fuerza, y a más no entiendo mucho de cuchillo. Pero el hombre me apuraba, los paisanos habían corrido a ver, y había que hacer la pata ancha... Me tiró dos puñaladas que conseguí atajarme, mal que mal. Pero las papas quemaban, compañeros!...

—A la larga no hay cotejo, me gritaba Contreras, bailándome alrededor y con unas risitas calentadoras, como chun-gueándose.

Yo ya me encomendaba a la Virgen viendo la cosa mal parada, y el bárbaro aquel de seguro me achura, si no llega Carolina, corriendo y chillando, hecha una loca, y no sé cómo, con la desesperación, ¡seguro! le arranca el cuchillo de la mano.

—¡Y ustedes lo decan, y ustedes lo decan!—les gritaba a los mirones.

Los gauchos nos rodearon, despartándonos y recién entonces se acercó el comisario Barraba. Yo había hecho la chambonada de no decirle la cosa del zaino, y él le jugó al

tordillo... ¡Se necesitaba andar en la mala!...

Contreras, y la mayor parte de los paisanos, alegaban que el tordillo había ganado en buena ley, y que la rodada fué porque el zaino mancarrón, flojo de patas, no era para correr... El juez de la carrera se desgañitaba al cuete; no le llevaban el apunte, ni a mí, ni a mis amigos tampoco.

—¡Que resuelva el señor Comisario!—gritaron algunos de repente.

—¡Sí, eso es!... ¡eso es—rebuznaron todos los que habían jugado al tordillo.

El gran pillo de Barraba dió la sentencia:

—La carrera es legal. ¡Ha ganau Contreras!

Contra la fuerza no hay resistencia.

—Pero, señor Comisario...—principié.

—¡Calláte y pelá! Tenés que pagar a todo el mundo.

Y tuve que pagar no más, calladito la boca, y ahí se me fueron los últimos pesos guardaditos... y hasta los del cajón del mostrador!...

Carolina me miraba con los ojos saltones, y de veras que la cosa no era para menos.

—¡Mi alma! ¡te debo la vida!—le dije.

—¡Sí, sí!—contestó medio llorando.—Pero no *cugués*, no *cugués más*, por Dios!—¡Sí, perdé cuidau!

Y me puse a despachar copas y a chupar yo también, para

olvidarme de tanta pena, y ¡qué quieren! el ginebrón me hizo voracear y empecé a las convidadas. ¡Miren qué momento para darme corte!

—¡Eh, paisanos, tomen lo que gusten!

Y al ratito no más, dale, otra vuelta y otra...

—¿Qué gustan servirse, caballeros?

Carolina se había puesto furiosa.

—Ma!... Ma!... me decía atorada de rabia.

—La patróna está llamando a la mama decía un paisano.

—¡O la ma... mía del patrón!—retrucó otro.

¡Después, nunca me pude acordar! Creo que hubo payada y baile, y que repartí cuanto había de comer y de chupar en la casa.

Lo cierto es que la pulpería quedó tecleando. Pero ¡también qué farra!

A la otra mañana, me encontré tirado en un zanjón que había junto al palenque. Se me está haciendo que allí dormí, pero no sé cómo fui a parar en semejante cama. ¡Cuando uno agarra uno de esos de P. P. y W!...

La gringa estaba encerrada en su cuarto, no me quería abrir ni a cañón, y según me dijo después, se había pasado la noche llorando desesperada. Cuando conseguí que me abriera, tanto lloró y suplicó, que me ablandé, y le prometí que aquella era la *última vez*, y le dije

legio ha de entenderse la unanimidad grupal de cualidades y la diversa mezcla de éstas como si fueran cuentas de un ya viejo rosario evolutivo: talento claro, diáfana rectitud, patriotismo acendrado, palabra fácil, arte, y, sobre todo, corazón. Cosa rara ¿verdad? esa exquisita concordancia; porque si los buenos intelectos abundan, a los intelectuales buenos hay que andarlos buscando con lámpara de Diógenes en la región del ave Fénix.

Los cubanos, con lo que va dicho, ya deben de haber comprendido a qué familia me estoy refiriendo. Salta a la vista que hablo de los hermanos Carbonell. Porque así son ellos. Y hasta he sabido que de abolengo les viene. Me han contado cosas plausibles de sus progenitores, lo que ya es de presumirse, con mirarlos a ellos. De río claro, fuente pura.

Mirándolos de cerca, me confirman una sospecha de hace años: la de ser estos hermanos

Carbonell unos perfectos e incorregibles caballeros andantes. Y, al decirlo, pongo intención de gran elogio. Son pródigos en dar, cuanto avaros en pedir. Abren fácilmente brazos hospitalarios, y hacen de sus pechos cántaros ladeados sobre todo labio con sed. En cambio, pasan ellos por las ramas en que cuelgan los frutos a su alcance, y no se les ocurre alzar el brazo para colmar su morral. Sembradores de bienes, servidores de todos, cuando de cosechar se trata parecen ignorar totalmente el arte de los cosecheros. ¡Cómo será de rara y de bendita esa cualidad que engorda el alma, dejando escuálido el estómago, que a su divino padre Don Quijote, en vez de ser conducido al manicomio encadenado en ridículo, lo internaron, aureolado de gloria, en la Inmortalidad:

Mas hoy no es mi ánimo trataros sino de uno solo de los miembros de la ilustre familia Carbonell y de la obra por él

recién elaborada, que es la que en el encabezamiento de este artículo he calificado de milagro bibliográfico: Digo de José Manuel y de su libro *Evolución de la cultura cubana*.

Sabía yo, como lo sabe todo el mundo, que José Manuel Carbonell es un poeta, y un elocuente tribuno, y un crítico de fina mirada. Pero lo que de él no sabía es ese enorme dinamismo, esa acumulación de energía física y mental, ese vigor de voluntad, esa resistencia de cerebro, esos nervios de joven Hércules, eso que le ha permitido dotar a su ya opulenta patria de una obra colosal, constante de dieciocho volúmenes de formato mayor, y escrita y editada en el perentorio término — ¡fijaos bien en ello! — de apenas cinco meses... Casi a volumen por semana. Un prodigioso *tour de force*, más admirable todavía si se piensa en lo fácil con que se arman poetas y se consagran glorias en volúmenes de 30 páginas en que se insertan

tres sonetos y 27 hojas en blanco.

La *Evolución de la cultura cubana* comprende: 5 tomos dedicados a la Poesía Lírica, 1 a la Poesía Revolucionaria, 5 a la oratoria, 5 a los trabajos en prosa, 1 a los científicos y 1 a las varias manifestaciones artísticas.

Imaginad la suma de resistente esfuerzo que esa labor significa. ¡Cinco meses para recolectar, ordenar, planear, ejecutar y editar!

La simple *breve* reseña con que se inicia el primer tomo basta para colmar los cinco meses, ya que ella daría material, suficiente para un tomo en octavo de 300 páginas. Y si a ello se agregan los juicios y estudios que a cada autor preceden y las introducciones relativas a cada género, resulta que a lo inconmensurable del esfuerzo requerido por la gestación material, hay que sumar lo que el empuje intelectual significa en ese hombre tan bien

que me iba a poner a trabajar de veras, como un burro si era necesario, para desquitarnos de todo lo que habíamos perdido, sin volver a pensar en jugar, ni en gallos, ni en carreras.

—¿Te crés que m'he olvidar que te debo la vida?—le dije—porque si no sos vos, Contreras me achuraba!...

Pero el hombre propone y Dios dispone...

¡Bueno! ¿y qué hay con eso? Me parece que no hay que asustarse por tan poco... Yo no soy el primero que haya olvidado sus juramentos por seguir sus gustos. Ni el último, tampoco... Así es el hombre, caballeros, y hasta el más pintado, si no es un hipócrita, confesará que ha sabido olvidarse muchas veces de sus buenas intenciones, —de las que no había desembuchado por lo menos—para dar satisfacción a lo que le tiraba más.

Esto es sin vuelta. Lo que hay, es que algunos saben pararse a tiempo, o tienen maña o baquía para hacer lo que les da la gana, a lo mosca muerta, sin que nadie diga nada. ¡No, y de no!

Unos juegan y se maman en los clubs, sin dar que hablar, y pelean en los duelos, a vista y paciencia de los policianos, y hacen lo mismo que hice yo, y peor, que, como ellos lo hacen, no parece tan malo y nadie les saca el cuero...

En fin, ¡qué tanto servir a usted p'a decir cómo le va!—El caso es, que el drogus y la jugarreta, me volvieron a agarrar de lo lindo, y como, de sonso, sabía jugar bastante en

trinquis, todo el mundo me aprovechaba como a una criatura! Así se fué, detrás de la platita guardada, el campito de Carolina. ¡Pero qué agarrada la de ese día, santo Dios! La gringa, —¿querrán creer?—hasta me arañó la cara, que anduve una punta de días medio cebruno...

—¡Mirá, gringa!—le grité.— ¡No sabés lo que hacés! ¡El día menos pensado, ya verás!...

Le iba a soltar lo de que no estábamos casados, pero caí en la cuenta de que con la rabia era capaz de no firmar la escritura y hasta de echarme de la pulpería... y ¡como un poste!

—¡Si yo hubiera sabido!—gritaba la gringa.—¡Si yo hubiera sabido! *porca la...*

Y se agarraba de los pelos. Pero firmó...

¿A qué decirles que los pesos del Banco de Italia ya se habían ido por un camino? Quedaba la pulpería... pero casi tan pelada como la misma palma de la mano... ni un frasco, ni una pilcha. Yo me preguntaba muchas veces cómo se lo había llevado todo pateta, sin atinar con tanto bochinche, hasta que caí en la cuenta de que la Carolina, con sus lloriqueos y rabetas al botón, descuidaba el negocio y lo dejaba ir barranca abajo...

Entonces quise remediar yo solo las cosas, compré mucho al fiado, y principié a medio querer arreglar el boliche... Pero, la verdad: el ginebrón y las barajas, con la yapa de la taba y de los gallos, hicieron que de repente comenzaran a llover demandas y más demandas, toda una papelería. El alguacil no

hacía más que viajar del Pago a La Polvadera, como conchabado... Y no teníamos adonde buscar madre que nos envolviera ¡ni el zaino, que de la rodada quedó manco del encuentro!... Entonces me acordé de lo que sabía decir el viejo ño Cipriano:

—¿Ande irá el guay, que nu are! La desgracia me había perseguido siempre, ¿por qué me había de dejar entonces?

Carolina comprendió que estábamos más fregados que unos atorantes, que nos iban a vender la pulpería para cobrarse, que no nos quedaba ni un cobre, y un día, me armó una zafacoca. ¡Cristo santo! ¡ni me quiero acordar!... Cebada con lo de los arañones, hasta agarró un palo, y principió a darme de garrotazos... Como que estas son cruces! ¡Una paliza!... ¡A mí!...

Yo, ¡qué quieren!, pelé el cuchillo, naturalmente sin intención de lastimarla; y sólo cuando me vió con él en la mano, se me separó, pero saltándosele los ojos, y echando espuma por la boca. ¡Nunca la había visto tan rabiosa!... ¡Parecía una tigre!...

—¡Canalla! ¡Bandido! ¡Ladrón!... ¿De ese modo te acordás que me debés la vida? Devolveme mi plata, *birbante, canaglia*!

Y yo, ¿cómo iba a dejar que siguiera diciéndome esas cosas, y hasta zurrándome como a una criatura?

—¡Mirá, Carolina!—le dije sin soltar el cuchillo.—Yo ahora me mando a mudar y para siempre, ¿entendés? ¡Ya no te puedo aguantar más!

Se le cambió la cara, pero

todavía siguió gritando e insultándome.

—¡Qué! ¿Te pensas ir, Madona! ¡después de haberme dejado desnuda y en la calle, canalla, sinvergüenza, ladrón! Ah, no, *per Dio!* sos mi marido, y tenés que quedarte aquí, a *trabacar* como yo, *porca la...*

Yo me reía a carcajadas.

—¿Y quién te ha dicho que soy tu marido?—le dije.—¡Pues no hay tal! No sos más que mi querida.

—¡Mentis, canalla!

—¿Que es mentira? ¡Sí! andá, preguntáselo al cura y verás...

—El cura Papagna...

—¡Qué! tu nápolis se ha ido hace nn mes a *mangiar macaroni* en tu tierra... Andá, preguntáselo al nuevo, si hay apunte de tu casamiento en la iglesia...

Me miraba con tamaño boca abierta, sin querer creer lo que decía... De repente, le pareció que debía ser cierto... Asustada, desesperada, loca, salió corriendo. Vi que se largaba a pie camino del Pago, en cabeza, con la ropa de entre casa... Seguro que iría a averiguar...

Yo saqué los pocos pesos que por casualidad había en el cajón, ensillé el maceta y si te he visto no me acuerdo! Agarré para otro lado, después de hacer pedazos el papel de Papagna, muy tranquilo y segurito de que no me iban a perseguir... ¡Qué! ¿y se afligen por tan poco?... Pero fijense, y verán que era muchísimo mejor para mí... y también para Carolina...

¿Que si tengo noticias? Sí. Ayer supe que estaba perfectamente: de enfermera en el hospital del Pago.

dotado por la naturaleza, que ha tenido valor para emprender, constancia para no desmayar, querer de hierro para ejecutar y cerebro de diamante — por lo brillante y resistente — para concebir.

Cuba le debe a José Manuel Carbonell lo que el presente no

le puede permitir apreciar: ese hombre ha recogido los destellos esparcidos, los ha fundido en una sola orfebrería, y con su brazo enhiesto como un púgil mental, ha ofrecido en estuche al mundo hispano-americano la gema esplendorosa de la gloria cubana.

*Santiago Argüello*

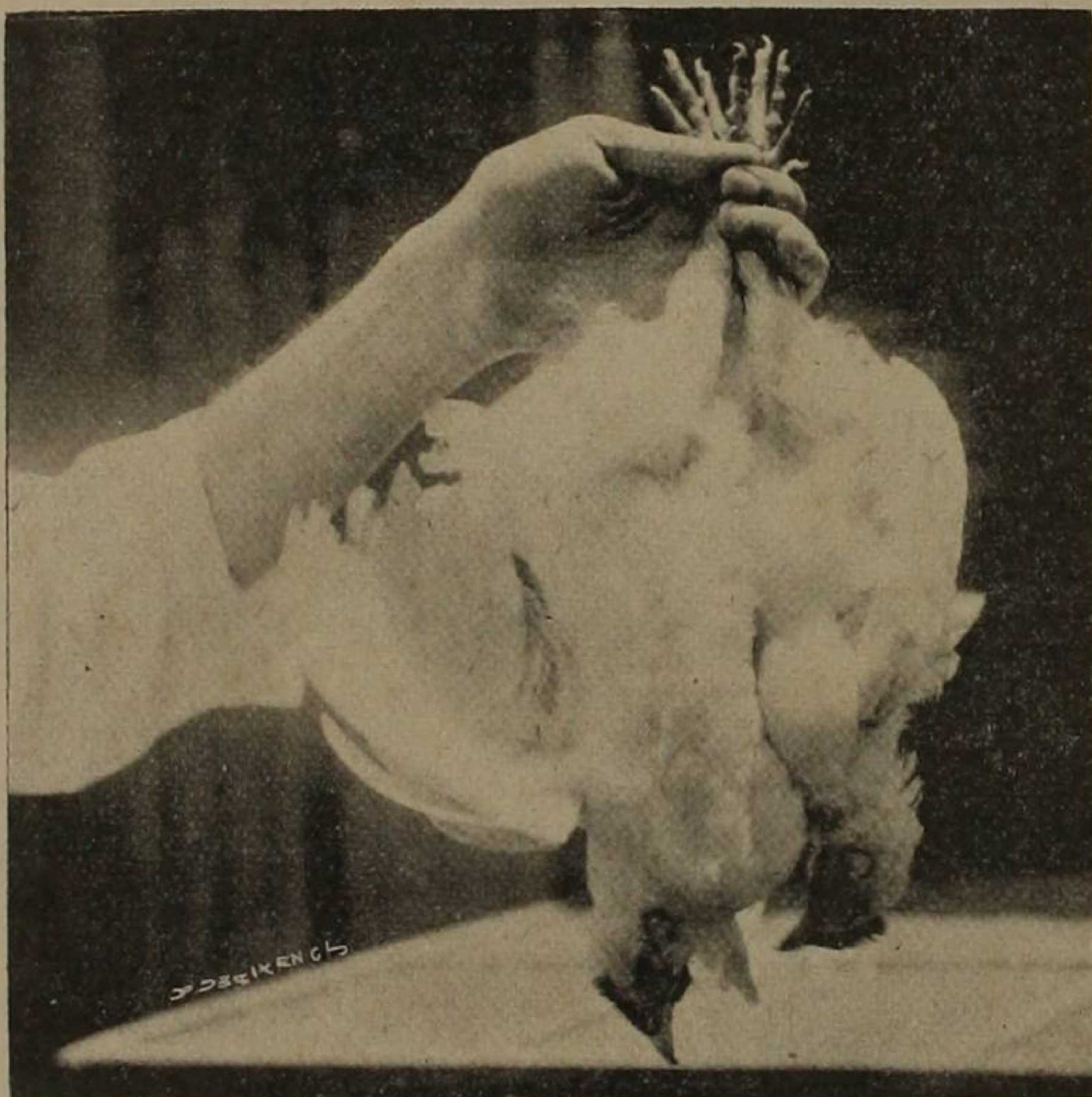
La Habana, abril de 1928.

## Efectos diferentes producidos por suero de joven y suero de viejo

Aceleración del crecimiento por inyección de suero de la misma especie.

Por

*C. Picado T.*



POLLOS DE LA MISMA EDAD

Grande: inyectado. Pequeño: testigo

EN esta revista: N.º 11, de 17 de Marzo de 1928, expusimos nuestras experiencias «in vitro» que muestran que las propiedades antigénicas de la sangre de niño son diferentes de las de la sangre de hombre viejo. (El 24 de marzo NATAN-LARRIER y LEPINE presentan a la Sociedad de Biología de París, una nota en que muestran que el suero de caballo inmunizado contra suero humano, precipita más intensamente el suero de la madre que el del hijo que acaba de nacer. Nuestra nota anterior era pues confirmada en París con notable isocronismo). Ahora, mostraremos que en el animal joven son diferentes los efectos de la inyección de suero de misma especie, según que éste provenga de animal de misma edad o de animal más viejo.

A) Seis conejos hermanos, muy semejantes entre sí y pesando cerca de 1 kilo cada uno, se dividen en dos lotes de tres. Un lote se conserva como testigo

mientras que cada uno de los otros tres recibe cada siete días una inyección subcutánea de  $\frac{1}{2}$  centímetro cúbico de suero de conejo adulto.

A partir de la primera semana vemos que el aumento de peso en el lote inyectado es *más del doble* del aumento correspondiente al lote no inyectado. Esta ventajosa diferencia se conserva en las semanas que siguen; comiendo todos a saciedad y conviviendo en el mismo recinto.

B) Por otra parte ocho pollos de dos meses, machos, de raza Leghorn, que pesan cerca de 200 gramos cada uno, son divididos en cuatro lotes: 2 testigos, —2 que reciben suero de pollo de igual edad,—2 inyectados con suero de gallo adulto y 2 con suero de gallina adulta (inyecciones subcutáneas, semanales de  $\frac{1}{2}$  centímetro cúbico cada una).

En esta serie en que se estudia, 1.º el simple efecto de la inyección de suero homólogo, 2.º las diferencias correspondientes a la edad del animal que suministra el suero y 3.º las diferencias que pudiesen ser atribuidas no a la edad sino a los hormones sexuales, notamos también que:

A partir de la primera semana *todos* los pollos inyectados aumentan más rápidamente no sólo en peso sino en tamaño pero este aumento *es mayor* si el suero proviene de animal adulto, macho o hembra.

La fotografía adjunta muestra un pollo que ha recibido tres inyecciones de suero de gallina, junto a un pollo testigo. Este último pesa un tercio menos que el inyectado.

Retengamos por ahora únicamente lo siguiente:

1.º—LA REACCIÓN PROVOCADA «IN VIVO» POR LA INYECCIÓN DE SUERO HOMÓLOGO ES DIFERENTE SEGÚN QUE EL SUERO PROVENGA DE JOVEN O DE ADULTO.

2.º—LAS EXPERIENCIAS DE CARREL MUESTRAN QUE EL SUERO DE GALLINA ADULTA IMPIDE *in vitro* EL CULTIVO DE CÉLULAS DE POLLO. NUESTRAS EXPERIENCIAS MUESTRAN QUE «IN VIVO» EL SUERO DE ADULTO, DE MISMA ESPECIE, ACTIVA EL CRECIMIENTO DEL JOVEN MÁS INTENSAMENTE QUE EL SUERO DE MISMA EDAD.

(Trabajo del Laboratorio del Hospital).  
San José, Costa Rica, Mayo de 1928.

## Tablero

= 1928 =

**Referencia.** — *Platero y yo*— libro maravilloso, a la par sencillo y exquisito, humilde y estelar, que debía servir de premio infantil en todas las escuelas de España, si el Estado nuestro no fuese tan basto, tan ruin.—*Cita de José Ortega y Gasset.*

**Nos advierte** Emilia Bernal que publicamos sus traducciones de Ventura Gassol (Véase el Número 9 del tomo en curso) sin señalar que ella era la traductora. Esto le ha parecido mal a la distinguida poetisa cubana, y a nosotros también. Le pedimos excusas. ¡De estas

distracciones se está llenando nuestra vida! Animada, Emilia Bernal, del profundo anhelo de que se haga justicia a Gassol, hoy perseguido de los suyos, y olvidado, no quiere que su nombre como traductora de sus versos, quede oculto; lo que también podría parecer miedo, que no tiene. Así conste, pues.

**Memento.**—El número del 18 de febrero de *Repertorio Americano*, el gran butlletí de divulgació artística i literària, el gran setmanari de tan amples horitzons tan eficaçment dirigit des de fa tants anys per J. García Monge

a San José de Costa Rica, public un article, interessantíssim, del nostre J. Pijoan, datat a Pomona College de Claremont, California, i en el qual, ocupant-se de la famosa qüestió dels meridians intellectuals sollevada recentment, diu que Madrid no és meridià de Barcelona, ni de Lisboa, ni gairebé de Sevilla, i després d'un fervorós elogi dels americans i especialment dels mexicans, afirma que en realitat Amèrica és meridià intel·lectual d'Espanya.

El número de 3 de març del mateix *Repertorio Americano* insereix sis poemes de Ventura Gassol, i el número del 10 de març una prosa de Josep Carner. —SEBASTIÀ GASCH

(*La Veu de Catalunya*.—Barcelona).

**Referencia.**— Para mi no existe ya (en 1928) justificación para usar al loco en una obra estética, del teatro o de la novela, si se le emplea sólo para decir las cosas más comunes que sorprenden al enfermero o a la hermana de la Caridad en un loco. Si el dramaturgo o el novelista se atreven todavía a usar este peligroso concurso debe de ser para poder tomar del loco aquellos movimientos interiores, aquellas vibraciones o rasgos psicológicos minuciosos que sólo a veces el loco dice, piensa o expresa mímicamente, y que son la manifestación exaltada e incoercible del pensamiento del hombre normal (ambiciones, odios, envidias, pasiones ocultas) y que en éste no podemos justificar fácilmente por su forzada y vigilante reprensión consciente (censura de Freud). El interés dramático y estético está en la revelación de esos ricos arcanos del alma humana que Cervantes nos muestra en el espíritu perturbado de un Don Quijote; Shakespeare, en el del Rey Lear, de Hamlet o de Lady Mácbeth; Dostoiewski, en el Hipólito de *El idiota* o en el Raskolnikow del *Crimen y castigo*; Ibsen, en *Juan Gabriel Borkmann*; Pirandello, en el muchacho de *Así es, si así os parece*; Andreieff, en *Sacha Yeguleff*; Lenormand, en *Le mangeur de rêves*, y Pérez Galdós, entre los nuestros, en *La loca de la casa* y también en *Doña Perfeta*. El valor universal y eterno de Don Quijote, que ha hecho durante siglos debatir sobre su posible

locura a eruditos de todo género, estriba en que éste no sólo dice lo que *dice* corrientemente un «paranoico erótico», sino mucho más que *puede decir* y que representa la intuición sorprendente del genio literario, la «empatía» (*Linfehlung* de los alemanes) del escritor con las posibilidades humanas y hasta extrahumanas de su creación. He ahí lo que da valor de creación estética a una obra.—GÓNZALO R. LAFORA

**Los maestros** del Circuito III de San José han contribuido con ₡ 11.25 pro Lilly Artavia y Arturo Chaves. Así como la Escuela de Niñas N.º 5, de esta ciudad, con ₡ 25.00, y don J. Trinidad Morales y señora doña María Aurelia de Morales, de la Es-

cuela de Guayabo, con ₡ 5.00. Total ₡ 41.25. Oportunamente, estas sumas, y la recogida en la Escuela de Atenas, se entregarán, por iguales partes, a los agraciados, como se hizo con la de Puntarenas. Así lo hace constar el señor G. M., tesorero.

**Comité pro Sandino en Costa Rica**

Nueva contribución de Puntareñas

Suma recogida.....	₡ 655
Lupe S. de Cabezas.....	10
Juan Manuel Rodríguez..	5
A. G.....	5
X. X.....	2
María Cristina de Burgos.	1
Enrique Chaverri.....	2
Pablo Angulo.....	3
Estela de Guido.....	1
Delia U. de Guevara ...	1

Total..... ₡ 685

**Poemas orientales**

**La rosa roja**

(De Li-Tai-Po)

Está el guerrero ausente,  
su amante compañera  
—el corazón henchido—  
de lánguida tristeza  
borda una rosa blanca  
sobre un cojín de seda.  
Píñchase. De su mano  
fluye la sangre trémula  
que al punto en encarnada  
la rosa blanca trueca.  
Su alado pensamiento  
va a él, se hunde en la guerra.  
¡Quién sabe si su sangre

las nieves enrojezca...!  
Aun el galope escucha  
de algún corcel que llega.  
¿Será por fin su amado?  
¡No es él! Es que golpea  
con ritmo acelerado  
su corazón en pena.  
Ella se inclina entonces  
sobre el cojín de seda  
y va bordando en plata  
sus lágrimas que ruedan  
y esmaltan la frescura  
de aquella flor sangrienta.

**A un amigo**

(Wuang Tsi.—723-725)

Para pagarte el favor  
de enviarme esta poesía  
de Tsu-Kia-Pé,  
mi cortesía te envía  
unas hojillas de te.

Ellas vinieron aquí  
del árbol que en gran misterio  
florece en un monasterio  
de la montaña de Uí.

Y a fé,  
es el más ilustre té  
que guarda todo el Imperio.

Procurate un vaso azul  
de Ni-Ging,  
transparente como un tul,  
y llénalo de agua helada  
que haya sido trasegada,  
a la salida del sol,  
en la falda del volcán  
Su-Chán.  
Coloca ese vaso luégo

sobre moderado fuego  
prendido con las astillas  
perfumadas y amarillas  
de un canelo inmemorial,  
preservadas bajo musgo  
de muy remoto vivir,  
y déjalo hasta que el agua  
rompa en alegre reír.  
Viértela entonces en una  
fina taza de Huen Tché,  
do habrás puesto unas hojillas  
de mi té;  
cúbrelo con un cendal  
de seda blanca, tejido  
como el más precioso chal,  
y espera riegue su olor  
o perfume, comparable  
al del jardín adorable  
de Pung-Ló.  
La taza lleva a los labios.  
Es el instante preciso.  
Ahora cierra los ojos.  
¡Estás en el Paraíso!

**Guillermo Valencia**

(Universidad. Bogotá).

**Libros Hispanoamericanos.**—Hemos recibido y los señalamos, por su importancia, a la consideración de nuestros lectores, los siguientes:

César E. Arroyo: *Retablo*. Figuras, evocaciones, escenas... Prólogo de Gonzalo Zaldumbidi. BIBLIOTECA ARIEL.—Madrid.

José Rafael Pocaterra: *Memorias de un Venezolano de la Decadencia.—1898-1908: Castro*. Prólogo de Eduardo Santos.—1908-1919. *Gómez*. Tomo II. Ediciones Colombia. Bogotá. 1927.

**Dos entregas nuevas de Amauta.**—Hemos recibido en estos días, la 12 y la 13. Con artículos muy interesantes de Mariátegui, Antenor Orrego, Waldo Frank, Haya de la Torre, María Wiesse, Luis E. Galvan, Martí Casanova, Jiménez de Asúa, Carlos Manuel Cox y tantos otros. Revista de ideas, de nobles incitaciones, es *Amauta*. Léanla los jóvenes. La ocasión es propicia: disponemos de ejemplares numerosos para la venta. A 0.75, el ejemplar, en la Adm. del *Rep. Am.*

**Comprobante**

Recibimos de don Joaquín García Monge la suma de ₡ 83-20, correspondientes, por partes iguales, a los ₡ 166-40 recogidos de los maestros del Circuito III de San José (11-25); de la Escuela de Niños N.º 5 de la ciudad de San José (25-00); de la Escuela de Guayabo (5-00); de maestros y vecinos de Atenas (₡ 125-25).

(f) LILLY ARTAVIA

(f) ARTURO CHAVES

San José, 10 de Mayo de 1928.

**Noticia.**—*Helios* se llama la última producción filosófica de Alberto Masferrer. *Visión* de Alberto Masferrer, se lee también en la portada del librito. Sabemos con toda seguridad que en nuestra América recibirán con mucho agrado esta noticia los numerosos lectores y estimadores de Masferrer. Al lector presentido está dedicado el libro:

A tí, que llegarás,  
yo, que sólo pude vislumbrar.

La introducción, que se titula *Reniega tu fe*, finaliza con estas palabras de fondo:

«Por eso, *Helios*, yo me interné en mi corazón; y llamé, y de sus yermas soledades surgió tu voz que me dijo: ¡*Aquí estoy!*»

Disponemos de algunos ejemplares para la venta. A ₡ 1-50 el ejemplar.

Un lote de novelistas rusos, le ofrecemos, ya empastados, en traducciones directas y apreciables:

- ANDREIEV:  
 Sachka Yegulev..... ₡ 2.50  
 Los espectros. Dies irae. 3.00  
 Las nieblas y otros cuentos..... 3.00  
 El diario de Satanás ... 2.25

- BUNIN:  
 Una aldea..... 2.25  
 Novelas..... 2.75  
 CHEJOV:  
 Novelas..... 2.75  
 DOSTOYEVSKY:  
 Los endemoniados. 3 vols. 7.00  
 GARIN:  
 Estudiantes. Ingenieros... 3.00  
 Primavera. Colegiales... 2.75  
 GONCHAROV:  
 Oblomov. 2 vols..... 4.75  
 GORKI:  
 Novelas y cuentos..... 2.25  
 KOROLENKO:  
 Novelas..... 2.75  
 KUPRIN:  
 Novelas. 2 vols..... 4.50

También se las ofrecemos a la rústica. Entenderse con el Adm. del Rep. Am.

**Nosotros**

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI - ROBERTO F. GIUSTI  
 Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO  
 Administrador: DANIEL RODOLICO  
 Oficinas: LIBERTAD N.º 747.  
 Exterior..... 8.00 dólares  
 BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

**Revista Parlamentaria de Cuba**

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista  
 Director: JOSÉ CONANGLA  
 Apartado 973 - Habana, Cuba.  
 Suscripción anual... \$ 6.000 oro.

**SASTRERIA**

**LA COLOMBIANA**

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Sucursal en Cartago: Esquina del Teatro Apolo

Acabando de recibir un surtido de casimires ingleses y contando con 20 operarios de los mejores del país, ofrecemos confeccionar vestidos a ₡ 140 y ₡ 150, así es señores que no hay que gastarse en lujos pagando altos precios en otras sastrerías. También podemos confeccionar vestidos en buenas condiciones de pago. Contamos con telas de seda y piqué para chalecos de frac.

**PINTURA DECORATIVA**

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

**LIDIO BONILLA P.**

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados  
 125 vs al Sur de «El Águila de Oro»

**Consultorio Optico "Rivera"**

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

**Guillermo Rivera Martín**

Óptico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA — CORREO 349

Quien habla de la

**Cervecería TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

**FABRICA**

**CERVEZAS**

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

**REFRESCOS**

Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

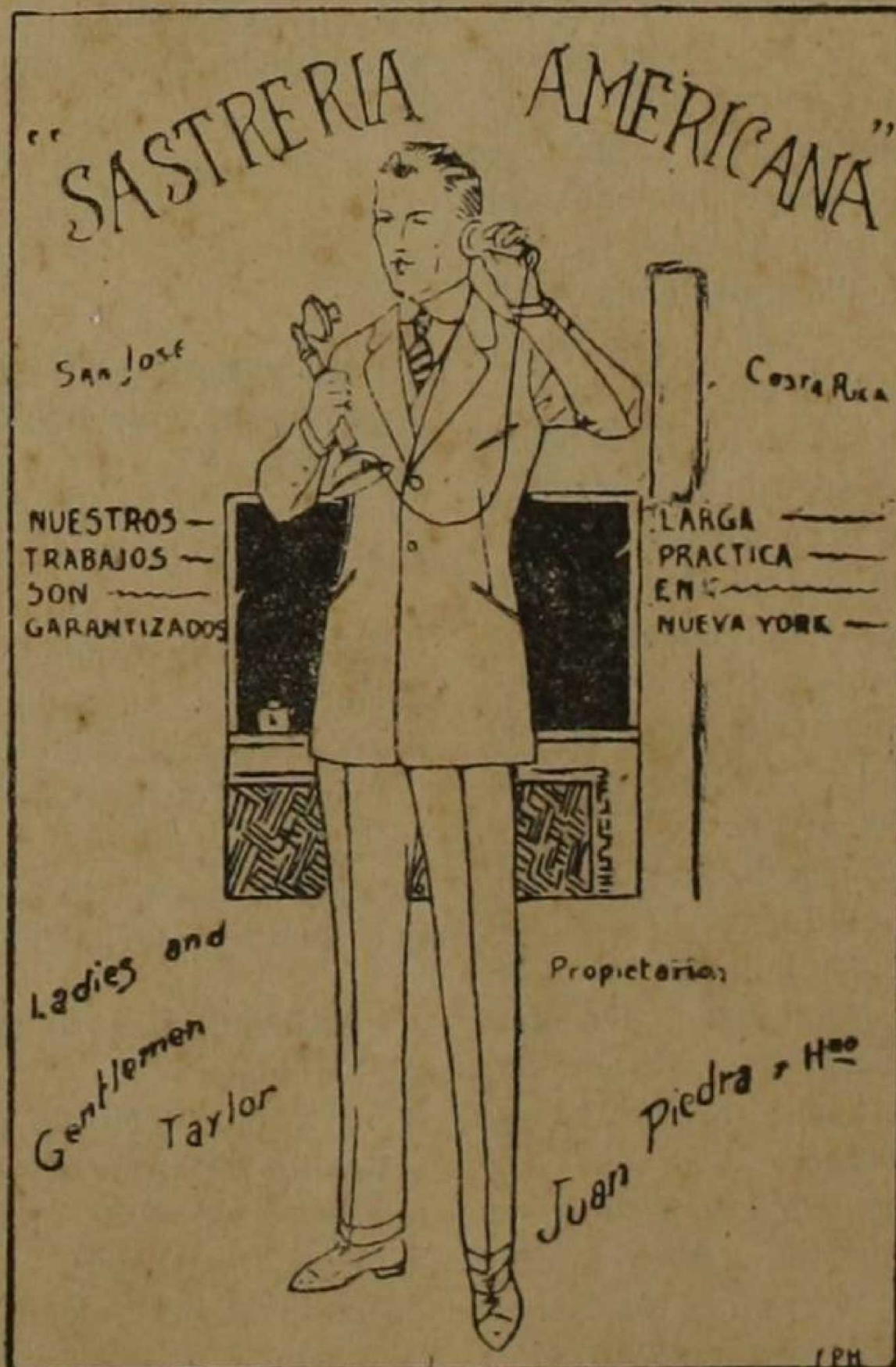
**SIROPES**

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

**SAN JOSE — COSTA RICA**



Lado Oeste Foto Hernández